JOAQUÍN DICENTA

Sobrevivirse

DRAMA

EN TRES ACTOS Y UN PRÓLOGO, EN PROSA, ORIGINAL

SEGUNDA EDICIÓN

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12
1913





SOBREVIVIRSE

SOBREVIVIRSE

DRAMA

en tres actos y un prólogo, en prosa

ORIGINAL DE

JOAQUÍN DICENTA

Estrenado en el TEATRO ESPAÑOL el 21 de Enero de 1913

SEGUNDA EDICIÓN

MADRID

R. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.°

Teléfono número 551

1913



REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
PERSONAJES DEL PRÓLOGO		
FELISA	SRTA.	VILLAR.
LA CONDESA PAULA		AHIJÓN.
SOFÍA		NAVARRO.
CÉSAR	SR.	FUENTES.
ALBERTO		MAXIMINO.
SECO DEL ÁRBOL		CALLE.
SOTO HERNÁNDEZ		CABRÉ.
MARIANO		VIÑAS.
ALEJANDRO		SEPÚLVEDA.
EL CONDE		JEREZ.
EL SEÑOR MINISTRO		ESTRELLA.
CRIADO 1.°		PAREDES.
IDEM 2.°		MACÍAS.
Señoras y señores		
PERSONAJES DEL DRAMA		
EMILIA	SRTA.	MORENO.
AMPARO	SRA.	CALDERÓN.
CÉSAR	SR.	FUENTES.
ALBERTO		MAXIMINO.
SECO DEL ÁRBOL		CALLE.
SOTO HERNÁNDEZ		CABRÉ.
DON MARIANO		VIÑAS.



PROLOGO

El teatro representa un gabinete lujosamente decorado en casa de los condes. Al fondo una gran puerta de dos hojas, que estará cerrada al comenzarse la representación. Dos puertas á la derecha y dos á la izquierda. Dentro, muy apagadas se oyen las notas de una orquesta.

Al levantarse el telón aparece en escena sentado en una butaca y fumando á lentas chupadas un cigarro puro Seco del Arbol. A seguida entra Soto Hernández por el segundo lateral derecha.

ESCENA PRIMERA

SECO DEL ARBOL y SOTO HERNANDEZ

SOTO (A Seco, desde la segunda derecha.) ¿Aburriéndose?

SECO Fumando nada más, doctor, y no pongo un eminente antes ó después del doctor, por-

que ese y otros adjetivos de puro prodigados han perdido todo su mérito.

SOTO El vulgo es tan fácil en proclamar reputaciones...

SECO ¿El vulgo? No le calumnie usted. Es el menos culpable. Las reputaciones se las dan hechas; como se las dan las toma el infeliz. Así andamos.

SOTO Cierto, aunque hay excepciones honrosas. Entre ellas la de usted.

SECO ¡Bah!

SOTO No es el vulgo quien la reconoce. Son los mismos artistas juzgados por usted con severidad excesiva á veces.

SECO Juego de compadres ó miedo. Me ensalzan para que les elogie ó me elogian para que no les zurre. En su fuero interno me desprecian por embustero ó me aborrecen por injusto.

SOTO ¡Hombre!

SECO Quizás tengan razón. ¡Cualquiera sabe dónde están justicia y verdad en los fallos artísticos! Aun, aun tratando del pasado podemos ser más imparciales. ¡Juzgar lo presente!... ¿Quién vive libre de prejuicios? ¿Quién no se deja llevar de la pasión, de la adulación... y de la recomendación?

SOTO No obstante hay prestigios...

SECO No se fíe mucho de los ídolos que entre doctos é indoctos ponemos sobre altar. Vaya en gracia que los altares duran poco y los ídolos menos que los altares.

SOTO Culpa será de su endeblez.

SECO O de nuestra inconstancia. Yo mismo, joven todavía para esto de que hablamos—así lo fuera para cosas más agradables—he visto hacerse y deshacerse tantas reputaciones... Lo peor es que ayudé á hacerlas y ayudé también á deshacerlas. ¡Qué remedio! La moda se impone en arte como en todo y las modas cambian deprisa; de ahí que los grandes hombres sean remudados para los efectos de actualidad casi, casi con igual rapidez que los figurines.

SOTO ¡No tanto!...

SECO Tanto y más. Acaso entre los figurines artísticos haya un genio de los llamados á perdonar. ¿Y qué? De momento como si no. Cuando su moda pase, cuando llegue la hora de substituir el figurín, quedará el genio arrinconado. Le reemplazaremos con lo que haya, y lo más último, aunque lo que haya y lo más último valga poquita cosa.

SOTO Usted no es de los que transigen.

SECO Lo mismo que todos. No presumo de incorruptible. ¿A qué, si no lo soy? Sigo la corriente. No es cosa de ir contra ella y ahogarse.

SOTO Negro tiene usted el humor esta noche.

SECO Pero tengo la sinceridad clara. Así como así hago en mi oficio lo que los demás en el suyo: transigir con los que me pagan y satisfacer su ansia de novedades. ¿No receta usted á sus enfermos, convencido de que no sirven para nada medicamentos de última invención y específicos de último anuncio,

porque negociantes hábiles y enfermos candorosos los han puesto de moda? (Ademán afirmativo de Soto.) Lo mismo hago yo, y á imitación de usted escojo lo más inofensivo. Bien mirado, ¿qué importa? Fuegos artificiales; ellos pasan sin dejar rastro y el arte sigue en pie resplandeciendo á través de los siglos y riéndose de actualidades.

SOTO Como se ríe de calenturas la quinina.

SECO A propósito de calenturas y de enfermos, ¿qué tal César?

SOTO En apariencia bien; en realidad cada día peor. Una lástima de hombre.

SECO ¡Más lástima de artista! Era de los fuertes, de los que podían arrostrar á pie firme los eclipses circunstanciales y las injusticias temporeras.

SOTO En estos últimos años su crédito ha subido mucho.

SECO Sí, sí; pero según sube su crédito para la opinión general baja para otra opinión más reducida, aunque menos impresionable.

SOTO ¡Eh!

SECO El ansia de éxitos inmediatos para acrecer su fama ó para satisfacer vanidades, orgullos, goces, hacen á César transigir, doblegarse, amalgamar el oro purísimo de su ingenio con aljófares y lentejuelas. En clase de hombre práctico procede á las mil maravillas. Ya no se le discute. Las cumbres fatigan y acaban por hacerse odiosas. César lo ha comprendido y ha puesto ascensor á su cumbre; ya se puede ir á ella sin dificul-

tad. Así ocurre con las cimas de las grandes montañas; la naturaleza las creó para nidos de águilas y la industria las transforma en alcobas de amantes quincenarios. Lo repito; es lástima, una gran lástima de artista.

SOTO Mayor debe inspirarla el hombre. El trabajo excesivo, el afán inmoderado de producir y de gozar darán con él por tierra, acaso en un plazo muy corto.

SECO ¿La muerte?...

SOTO ¡Bah!... La total muerte es un descanso. Otra peor conozco: la que deja seguir viviendo.

(Entra Alejandro por la primera puerta izquierda.)

ESCENA II

SOTO HERNÁNDEZ, SECO DEL ARBOL y ALEJANDRO

ALEJ. Caballeros, salud. ¿Estorbo?

SECO Nunca, gran Alejandro.

ALEJ. Hace años me lo llamaba todo el mundo. Hoy...

SOTO Hoy también. ¿Vamos á olvidar al actor, entusiasmo de nuestra pasada juventud? Fuera injusticia enorme.

ALEJ. Si ustedes no, otros la cometen. La juventud actual, cuando algún periódico recuerda mi nombre, cree que se trata de un muerto. No es suya la culpa. Estoy arrinconado, se prescinde de mí, la intriga me cierra las puertas del teatro. No ocurriría esto si quie-

nes se llaman mis amigos lo fueran de verdad.

SECO Toda mi influencia empleé, ya lo sabes, para que las empresas...

ALEJ. ¿Y qué me ofrecieron? Una plaza de barba. Ofrecerme eso á mí, á un primer galán que durante treinta y cinco años ha sido el amo de la escena!... Poco reirían los nuevos... Ponerme una peluca yo y hacerles á ellos, á ellos segundos y terceros papeles. Antes represento en las ferias de cualquier poblachón ó me refugio en un asilo.

SECO Obras hay cuyos protagonistas corren á cargo de actores de carácter.

SOTO En tales obras no encontraría usted rival.

ALEJ. Por eso mismo se encargarían los otros galanes y los autores nuevos, que protegen á esos galanes, de meterme en el cesto y hacerme apencar con papeles de racionista. ¡Ah, si yo tuviese un autor mío, un prestigio que me impusiera y se impusiera! No lo tengo. Solo don Mariano continua siéndome fiel. ¡El pobre ya!...

SECO Para él quisiera la influencia. Años hace que anda de saloncillo en saloncillo, como un principiante con su drama debajo del brazo.

ALEJ. Y los empresarios, con muy escasas variaciones, son los mismos de aquellas épocas... Tratar tan malamente á un hombre que ha metido por las taquillas el dinero á esportones.

SECO Si muere hace veinte años le hubiésemos dedicado una función necrológica de todo lujo.

ALEJ. Y si vive diez más, acabarán por echarle á empujones del saloncillo.

SECO ¿Vienes del teatro?

ALEJ. ¿A qué ir á él? ¿A aplaudir á Suárez? ¿A admirar á Felisa? A esa únicamente pueden admirarla los don Juanes y los modistos. No soy modisto.

SECO Y más te andas en Comendador que en Tenorio.

ALEJ. En la realidad acaso, y es mucho conceder. En un escenario doy todavía quince y raya á los don Juanes que prostituyen actualmente al personaje de Zorrilla. Con la pintura no se ven las arrugas. Respecto á presentación, á ademanes, á voz... Pues nada, que si quiero firmar contratos, he de resignarme con los característicos. Por ventura mi sueldecillo del Conservatorio me da para vivir con escaseces, pero conservando mi puesto. Mariano sí que...

SOTO La condesa Paula le ha ofrecido una credencial.

SECO Seguramente la consigue.

ALEJ. Con ella se defenderá el hombre. ¿Sus comedias? Las antiguas no se las ponen y las nuevas no quieren estrenárselas. La otra noche, el portero del escenario, un recomendado de César, se negaba á dejarle entrar... Lo dicho, á pocos años más ni el saludo, que ya le regatean. Estos actores de hoy no respetan á los autores caídos.

SECO Lo mismo hacían los de ayer. En esto sí que no hay variaciones. Todavía á los gran-

des maestros, cuando se agotan, siempre que vivan con desahogo, se les guarda respeto. No les estrenan sus comedias, pero les hacen jueces de las comedias de los otros, y hasta les exhiben como figuras decorativas en las fiestas solemnes. Don Mariano no es de estos; personaje artístico circunstancial, con las circunstancias que le trajeron ha desaparecido, aunque siga arrastrando sus manuscritos y sus pies por esos escenarios, que no pisará más á telón abierto.

ALEJ. Con Paula le dejé. El salón desborda en personajes. César, en obsequio de cuyo éxito teatral da la condesa esta fiesta de gala con su cena correspondiente, no vendrá hasta la una.

SOTO La velada del Ateneo, celebrada en su honor también, se terminó á las once.

ALEJ. Pero ha de estar en el teatro hasta el final del drama á recibir los aplausos del público y á esperar á Felisa y traerla del bracero. ¡Esa chica tiene buen olfato. Se enteró de que César iba á ser el amo y dijo: «á este me cojo.»

ALEJ. ¡Bien se ha aprovechado del enamoramiento! De damita joven ha subido en un periquete á primera dama absoluta. Se impuso al otro, el otro la impuso á la empresa, y aupa la niña.

SECO No murmures. Muchas imposiciones de esas, y menos motivadas, nos has hecho padecer, Alejandro.

ALEJ. ¡Yo!...

(Entran la Condesa Paula y Sofía por la primera izquierda.)

ESCENA III

DICHOS, la CONDESA y SOFÍA

COND.ª Ustedes murmurando, porque murmurando estarán, y mis invitados echándoles de menos.

SOTO ¡Lo que es á mí, Condesa! Digo, como no se haya puesto enfermo alguien.

SOFÍA Todos gozan de perfecta salud.

COND.ª Vaya usted y vayan ustedes. No dirá César que les regatean en mi casa los honores debidos á su genio.

SOFÍA Su última comedia es una maravilla.

COND.ª Ni en el siglo de oro se ha producido otra semejante. ¡Qué frases! ¡Qué caracteres!... ¡Qué finura en la sátira! ¡Qué valentía en las situaciones dramáticas!... Luego sin aquellas crudezas que hacían al autor antipático. Ahora también dice verdades; pero de otra manera, con más suavidad, sin ofender, sin provocar el espanto ó la repulsión.

SECO Vamos; antes daba la verdad cruda y ahora á medio freir. Así tiene mejor paladar, aunque pierda substancia.

SOFÍA Así la quiere el público y las toleramos nosotros.

COND.ª Prueba de ello que recibimos y agasajamos

á César en nuestras casas como á un príncipe. Antes... Ni comprábamos sus novelas, ni asistíamos á las representaciones de sus obras.

SOFÍA — Eran de mal tono.

SECO — Y de artística sinceridad.

SOFÍA — No piensan como usted los que esta noche se hacen lenguas de César. Vaya á oirles. Así como así son lo mejor de lo mejor. Académicos, ministros, príncipes de la milicia, de la política, de la aristocracia, de la banca...

SECO — Un saldo de eminencias.

COND.ª — A completarlo, amigos. Venga el brazo, doctor. Usted, Seco, déselo á Sofía. Alejandro me perdonará que le deje sin pareja... Es casi de la casa, como quien dice, cosa mía.

SECO — (A Sofía.) Lo fué.

ALEJ. — No. Por mí no apurarse; iré de comparsa. Al fin y á la postre de eso concluiré en el teatro y en la vida.

SECO — (A Sofía.) ¿Vamos?

SOFÍA — Vaya usted. Estoy fatigada y quisiera descansar un poco. (Sale la Condesa y Soto.)

ESCENA IV

SOFÍA, y SECO DEL ARBOL

SECO — ¿Sola?

SOFÍA — Con usted, y muy gustosamente. Sabe que es de mis predilectos.

SECO En otros tiempos.

SOFÍA Y al presente.

SECO Al presente en eso de la predilección ha suprimido usted los plurales. Para su corazón, no quiero decir para su vanidad de mujer hermosa, solo hay un predilecto: César.

SOFÍA Admiración. No más que admiración.

SECO Las mujeres, raras veces no ambicionan poseer lo que admiran.

SOFÍA Pues yo... Además, César está embrujado por Felisa. Los hombres son unos majaderos.

SECO Los grandes hombres más.

SOFÍA ¡Mire usted que Felisa!

SECO Es la actriz en moda.

SOFÍA Porque César le corta á patrón los papeles y porque la gloria de César le presta algunos resplandores. ¿Qué era antes de protegerla César? Una vulgaridad; y según dicen por ahí...

SECO Pecadillos veniales, que el éxito absuelve y desvanece. Buena prueba es que Paula la recibe en su hotel esta noche.

SOFÍA Porque Paula abre de par en par sus puertas á toda actualidad. Lo mismo se le dan para el caso un artista ó un hombre de ciencia, que un torero ó un clown. El asunto es exhibir el monigote en auge. Creo que si Pernales resucitase y viniera á Madrid le daría Paula otro champagne de honor.

SECO Dura está usted con ella.

SOFÍA Es una Mecenas beocia. No tiene paladar. Se apodera de lo que brilla, piedra preciosa

ó talco, se lo prende y lo exhibe, mejor dicho se exhibe con ella.

SECO ¿No incluirá usted á César en los talcos?

SOFÍA Todos los honores que se le tributan me parecen pequeños. Las recepciones oficiales, la función de gala en el teatro. La fiesta de esta noche que será espléndida, eso sí. Paula hace bien las cosas, justísimo homenaje son á los méritos del artista. No tendría la fiesta peros si Paula no hubiese invitado á Felisa. Es un poco fuerte traerla aquí del brazo del otro.

SECO No olvide que con Felisa viene también su madre.

SOFÍA De todas maneras... ¿Por qué en vez de á Felisa no invitaron á la esposa de César? La esposa será una pobrecilla de humilde extracción, no hecha al trato de gentes.

SECO Se equivoca usted de medio á medio. Emilia posee gran talento y exquisita bondad. Reune á estos dones una educación excelente y una rara hermosura.

SOFÍA Entonces...

SECO Olvida usted que es la mujer propia, la compañera del hogar. Las mujeres de los grandes hombres, al estilo de César, no tienen tiempo de acompañarles por el mundo. Todo lo necesitan para padecerles en su casa. Menos mal que Emilia ha topado con un buen Cirineo... (Movimiento de curiosidad en Felisa.) No adelante usted los supuestos. Hablo de la hermana de César. Amparo es una criatura admirable.

SOFÍA ¿Soltera? ¿Joven?

SECO Viuda y de más edad que su hermano. Ayuda á Emilia en la educación de sus hijos, dos ángeles, y sostiene con sus bravas manos la cruz que, no la maldad, la imaginación turbulenta de César arrojó sobre los hombros de la infeliz mujer.

SOFÍA ¿No tiene César un discípulo?

SECO Alberto. Joven de grandes esperanzas. No diré más inteligente pero sí más fuerte de conciencia que el maestro.

SOFÍA El maestro es un artista enorme.

SECO Y además un buen mozo. Con sus cuarenta y pico da quince y raya á los jóvenes en torneos de galantería y amor.

(Mariano que ha entrado por la segunda derecha.)

ESCENA V

DICHOS y DON MARIANO

MAR. Tiene un gran auxiliar; ser ídolo de las multitudes.

SOFÍA ¡Hola, don Mariano!... Vaya, que algunos éxitos amorosos habrá usted conseguido en sus tiempos.

MAR. No digo que no, porque á mis años pueden hacerse sin que se achaquen á reclamo ciertas confesiones. Lo malo es que esa clase de triunfos pocas veces pertenecen al hombre que se les atribuye.

SOFÍA ¿Un enigma? Haga el favor de descifrarlo.

MAR. Lo que seduce á casi todas las mujeres en estos casos es el éxito del hombre, no el hombre; van á él por vanidad más que por amor. Se entregan al drama aplaudido, á la novela en auge, al discurso elocuente, al descubrimiento hecho, al personaje interpretado ó al volapié en las péndolas. El hombre es lo de menos. Gracias que el orgullo varonil le impide caer en la cuenta. No obstante algunos caen.

SECO ¿De veras?

MAR. Era yo principiante, tan principiante como soy ahora concluyente, y gozaba la protección de un literato insigne. Oficios de secretario particular ejercía en su casa. Loco anduvo mi maestro durante largos meses por una gran señora; reservo su nombre. Inútiles fueron afanes, rendimientos y pleitesías. Ya desesperaba el escritor de rendir á la bella, cuando vino el gran triunfo, uno de esos triunfos que forman época en la historia del arte. A pocos días recibió mi maestro una carta. Era de la desdeñosa señora. La dama le invitaba á almorzar con ella. «Almorzaremos solos»—decía el post-scriptum.

SOFÍA ¡Poco satisfecho acudiría el poeta á la cita!

MAR. No acudió. Envió á la dama un ejemplar de su obra y otra carta donde decía: «Como con quien usted desea almorzar sola es con mi libro, se lo remito dedicado envidiando su buena suerte.»

SECO En buena táctica amorosa hubiera sido me-

jor no tomar el desquite hasta el día siguiente.

SOFÍA ¿Cuándo le dan á usted el destino?

MAR. Pronto, según Paula.

SOFÍA En tales prontos lleva la condesa año y medio. Tendré yo que avivar el asunto.

MAR. Y hará usted ¿á qué no decirlo? una verdadera obra de caridad. Mis comedias estrenadas no producen un céntimo. El estreno de mi comedia nueva va para largo, suponiendo que vaya alguna vez. Las ganancias de mis tiempos gloriosos las derroché como un imbécil. No es la pena por mí; recordando las miserias del principio sufriría las del final. ¡Si no fuese por mi familia! La mujer, inútil, las hijas sin casar, y el hijo casado sin oficio ni beneficio. Yo tengo la culpa: al mozo lo crié para gran señor, á las hijas para princesas; y claro, lo lógico con tal crianza; las hijas solteronas irredimibles, el hijo, incapaz de ganarse una peseta, ¡las ganaba yo para todos! En fin, basta de lamentaciones que no es la ocasión oportuna.

SOFÍA Oportunísima. El ministro de Instrucción asiste á la fiesta. Ahora mismo me cuelgo de su brazo y lleva marca de mis uñas ó me da la credencial de usted. (Entra el Conde por la segunda izquierda.)

ESCENA VI

DICHOS y el CONDE

CONDE ¿Pero qué hacen aquí? Va para un cuarto de hora que el grande hombre llegó. Ha sido una entrada triunfal. A poco le dan vivas. Si van deprisa aun alcanzarán algo. Paula entusiasmada. Hay motivo. No todos pueden lucir en su casa un autor como César.

SOFÍA También estarás entusiasmado tú.

CONDE Figúrate.

SOFÍA Sólo que tu entusiasmo es por la presencia de Felisa. ¡Ya la tienes en tu domicilio, tunante! Don Mariano, á la captura del ministro. (A Seco.) Venga ese brazo y no sea usted rencoroso.

SECO Rencoroso, no; envidioso, tal vez. (Salen por la primera puerta derecha Sofía dando el brazo á Seco. Don Mariano les sigue.)

ESCENA VII

El CONDE, á seguida la CONDESA, FELISA y CÉSAR

COND.ª (Dentro.) ¡Por aquí! Impondremos el derecho de asilo. Calla, ¿tú aquí? (Entran Felisa y César.) De cuantas pruebas de admiración lleva us-

ted recibidas anote como principal la presencia de mi marido en casa á estas horas. Es la primera vez que deja por alguien su Club.

CONDE — No hagan ustedes caso. Hay personas por quienes se deja siempre todo. Usted. (*A Felisa.*) Ustedes ocupan lugar de preferencia entre esas personas.

CÉSAR — Mil gracias.

FEL. — Yo no me atrevo á darlas porque en la fiesta de hoy formo parte del coro.

COND.ª — No vale achicarse. Vamos, incomparable César, siéntese y descanse unas miajas porque el día ha sido de prueba. He sentido no ir al Ateneo. Es la consagración de usted. ¡Todos los intelectuales rindiéndole parias! Ya me han contado, ya.

CÉSAR — ¿Fué al Ateneo el Conde?

COND.ª — No sé el triunfo por él. Discursos encomiásticos, versos laudatorios, usted habló como un Demóstenes. Por si eran pocos méritos, también tiene el de la oratoria. Del teatro no hay que decir.

CONDE — De eso puedo yo hablar, porque presencié el espectáculo desde la sinfonía. Lleno de bote en bote, llamadas infinitas á escena, una gran corona de oro imitando laurel al final del acto tercero. ¡Y entregada por estas manos! Felisa ha estado incomparable. ¡Qué elegantemente vestida! ¡qué hermosa! Con el traje descotado estaba estupenda. No recuerdo hombros como los suyos. La verdad es que con actrices como usted no existen obras

malas. ¿Qué público es capaz de silbar estando usted descotada en el escenario? No me refiero hablando así á la obra del maestro. Ella por sí sola...

CÉSAR Mucho aumentan sus méritos, dado que tenga algunos, el talento y la belleza de Felisa.

CONDE No obstante...

COND.ª Ea, basta de elogios. Para abrir en ellos un paréntesis he traído aquí á Felisa y á César. Iban á asesinarles á plácemes; descanse unos minutos para resistir los homenajes consiguientes al champagne de honor.

CÉSAR Agradezco el paréntesis; estoy rendido y casi, casi mareado.

CONDE Es mucho tragín para un día.

CÉSAR Mucha felicidad, debiera usted decir. Al levantarme para hablar en el Ateneo creí que iba á caer redondo, sin proferir palabra. Fué algo como si me dieran un trallazo en los sesos.

FEL. La emoción.

CÉSAR Es posible. En el teatro, al salir con Felisa á escena, al término de la obra, ha vuelto á ocurrirme lo mismo. Afortunadamente pasó.

CONDE ¿De verdad? Tenga usted cuidado. No se debe usted á usted solo; se debe á los demás, y sobre todo al arte. Trabaja usted mucho y vive usted mucho también...

CÉSAR No hay cuidado, soy fuerte. El trabajo no me fatiga. ¿Mi vida?... Cierto que la vivo intensamente. Vivirla de otro modo no sería vivir. La vida no es cantidad de años, si no

de emociones. Hay viejos muy viejos, que están en plena infancia; la muerte para ellos será el paso imbécil de un limbo á otro.

COND.ª ¡Magnífico! ¡Magnífico! ¡Qué frase, verdad, tú! (Al Conde.)

CONDE ¡Eh! ¡Sí: una frase! ¡Una frase!...

COND.ª Horas y horas estaría en esta hermosa intimidad escuchándole á usted; pero nuestros invitados aguardan y la hora del champagne se acerca.

CÉSAR Vamos allá, que no espere nadie por mí.

COND.ª Usted no necesita moverse; este gabinete sirve de paso al comedor; le recogeremos á usted y á Felisa que también estará fatigada. El drama es muy fuerte, el papel muy largo y muy difícil. Cuando acabe usted la comedia tendrá los nervios rotos... Quédese aquí con César.

CONDE Yo también...

COND.ª Tú siquiera por esta noche debes acompañarme. ¿Olvidaste que eres el dueño de la casa?

CONDE (A Felisa.) Al lado de usted quién no lo olvida todo.

FEL. Gracias, señor Conde.

COND.ª ¿Hasta cuándo vas á presumir de galán? No estás para esos trotes.

CONDE ¿Qué sabes tú?

COND.ª ¡Hombre!... Llevas razón después de todo.

ESCENA VIII

CÉSAR y FELISA

CÉSAR ¿Has visto? Estas personas del gran mundo son la bondad y la tolerancia personificadas. Basta sobresalir para que se lo dispensen á uno todo. Consagran nuestro amor confundiéndonos en un sólo homenaje.

FEL. Te equivocas; no nos han confundido. A tí te han reverenciado, á mí me han tolerado. Aun estoy en agraz para el paladar de esta gente.

CÉSAR No digas simplezas.

FEL. Más tolerancia que admiración hubo para mí cuando entramos.

CÉSAR Los hombres se te comían con los ojos.

FEL. Y las mujeres se me hubieran comido con los dientes sin dejar un pedacito así.

CÉSAR ¿Quieres mayor victoria?

FEL. Quiero que no se me reciba en ninguna parte porque soy la amante del genio; sino porque soy yo. Por supuesto, á tales disimulados desdenes, á tí se deben más que á nadie.

CÉSAR ¿A mí?...

FEL. Hay que lucir la dama. Si no á qué poseerla, ¿verdad? A cuenta de ocultar nuestras relaciones, las llevas por ahí con pregón. Y eso me perjudica, moralmente, porque eres casado y dicen que traigo la desgracia y la

ruina á tu hogar, artísticamente, porque ya se sabe, soy primera actriz debido á tu talento, á que me impones tú; como si tú representases los papeles por mí y pagases la *claque* para que me aplaudieran.

CÉSAR ¿A qué vienen esos tiquis-miquis, Felisa? No hay motivo para ellos; todos te admiran, te elogian. Al hablar de mi drama la crítica te hizo justicia, dándote gran parte, la que te mereces, en el éxito. El Conde y la Condesa fueron á invitarte en persona. Te quejas de vicio.

FEL. Me quejo de ser en toda ocasión la protegida de don César; y luego si en el alma de César ocupara yo el primer sitio...

CÉSAR El único.

FEL. ¡El único! El primero es para tu mujer, para la mártir de tus extravíos por mí; ¿todo el respeto de la gente y todas sus piedades, para quién son? para ella; ¡y si fuese la gente solo! También tú guardas el respeto enterito para esa apreciable señora.

CÉSAR No hablemos de Emilia.

FEL. ¿La manchan mis labios nombrándola?

CÉSAR No; pero es de mal gusto mezclarla en nuestros diálogos.

FEL. Pues hijo, te vas á buscarla ó mandas á Alberto por ella.

CÉSAR ¡Felisa!...

FEL. ¡No te ofende poco que la traiga á conversación!

CÉSAR Es que con ella, traes acaso un remordimiento.

FEL. Puedes evitarlo.

CÉSAR ¿De qué suerte?

FEL. ¡Dejándome!

CÉSAR ¡Dejarte! ¿Es que puedo? ¿No sabes que es á ella á quien he dejado por tí? Sólo en apariencia y para el mundo continúo en mi casa. En la realidad y para el amor, ¿dónde estoy desde hace tres años? En la tuya. Hasta de mis hijos me olvido cuando tus brazos se tienden hacia mí. En ellos quiero estar y salir solo de ellos para levantarte con los míos, para llevarte triunfalmente en alto por el camino espléndido que abre ante mi paso la gloria; mucho padecí, mucho bregué para conseguirla; pero es ya mi esclava como yo soy tu esclavo y hago de mi gloria una cadena que puedes anudar á tu antojo.

FEL. ¡César! ¡César!

CÉSAR Si estás cierta de ello, ¿á qué amargar con desabrimientos mi triunfo? Disfrutémoslo reunidos. De hoy en adelante, nada nos faltará; ni la gloria para hacerla almohadón de nuestros amores, ni el oro para formar con él á nuestros amores un marco de grandezas. El oro ha tardado en llegar más que la fama. No es extraño; gané la mía combatiendo á los que disponen del oro. Transijo con ellos de apariencia, solo de apariencia al presente, y el oro acude ya á mis manos. Falta hacía, porque hasta hoy era inseguro mi existir material. Muchos laureles y pocos billetes del Banco. Hoy todo cambió. Algunos años más de trabajos y de suerte y será

mi pluma nueva lámpara de Aladino con la cual iré alumbrando tesoros de magia, recogiendo collares de perlas y rubíes y esmeraldas para desgranarlos á tus pies.

Fel. ¡Loco, más que loco!

César Conformes. Pero vivamos juntos esa hermosa locura de la gloria, de la riqueza y del amor. La vida es plenitud de goces... Se vive mientras se triunfa, y se domina, y se ama, se puede derrochar el dinero y la sangre, los laureles y las pasiones. Derrochémoslos sin reparo ni tasa. Puesto que la hemos conquistado, disfrutemos la vida y venga la muerte cuando quiera con tal que venga como un rayo y nos sorprenda tal que en este minuto, cerca el uno del otro dibujando con nuestros labios un beso que no podemos darnos porque nuestros admiradores llegan á interrumpirlo.

ESCENA IX

CESAR, FELISA. la CONDESA, SOFÍA, el CONDE, SECO DEL ARBOL, SOTO HERNANDEZ, ALEJANDRO, MARIANO, ALBERTO, el SEÑOR MINISTRO. Dos criados abren de par en par la puerta del fondo en la que se ve el comedor servido. CABALLEROS y SEÑORAS irán entrando poco á poco

Cond.ª (Entra la primera del brazo del señor Ministro. Hablando con los que llegan.) Aquí está: no le había escamoteado.

César (Vacilando al levantarse.) Otra vez.

FEL. ¿Qué tienes?

CÉSAR El mareo, el atontamiento que he sentido ya esta noche dos veces.

ALB. ¿Se encuentra usted mal, maestro?

CÉSAR No es nada: fatiga: exceso de emociones, insignificancias.

COND.ª Señor Ministro, aquí tiene usted á nuestro gran artista.

MIN. Le admiraba de lejos y me enorgullezco testimoniándole personalmente mi admiración. Nada tan hermoso como encumbrarse por el trabajo y por la inteligencia.

CÉSAR De veras no merezco...

MIN. Tanto merece, que el jefe del Estado me da encargo de significárselo ofreciendo á usted esta cruz. Dedicada es á premiar el talento. No yo, usted, Condesa, debe prenderla en la solapa del artista.

COND.ª ¡Tanto honor!... (Todos se agrupan á ver la imposición de la cruz, exceptuando á Seco del Arbol y á Alberto.)

SECO (A Alberto.) Veo al maestro en Palacio.

ALB. ¡El!... ¿Con sus ideas?

SECO ¡Bah! ¡Bah! Quién sabe si andando los años le veremos á usted también.

ALB. ¿A mí?

SECO Es usted muy joven y la vida da muchas vueltas. Escritores conozco que debutaron de anarquistas y han acabado en luises.

ALB. No soy de esos. (Secamente.) Yo...

SOTO Callen que ha terminado el prendimiento de la cruz y los comentarios subsiguientes.

SOFÍA ¡Mi parabién cordial! (A César.)

FEL. Es la primera cruz que admite.

SOFÍA ¿De veras? Yo creí que ya tenía otra.

CONDE Nada, nada; hay que aceptar la invitación del jefe del Estado. Tales honras no deben desaprovecharse.

COND.ª Mientras llega esa, hágame otra honra á mí: la de inaugurar, recibiendo la copa de mis manos, el champagne de esta noche.

CÉSAR Crea usted, Paula, crean ustedes todos que es esta noche para mí, de aquellas que... que... ¡oh!... Me ahogo... (Alberto y Seco del Arbol le reciben en sus brazos donde caerá desvanecido.)

SECO ¡Qué es esto!

FEL. ¡César!

SOFÍA ¿Qué le ocurre?

COND.ª ¡Dios mío!

(Todos se agrupan en torno de César.)

SOTO ¡Pronto, Alberto, ayúdeme usted!,.. Lo que me temía... ¡Un coche! ¡A escape, un coche!

COND.ª ¿Es el accidente mortal?

SOTO Mortal no... Vivirá. (A Seco.)

FIN DEL PRÓLOGO





ACTO PRIMERO

El teatro representa un despacho de reducidas proporciones. El mueblaje consistirá en una mesa de nogal, siglo XVII, sobre la que habrá una lámpara eléctrica, sillería de cuero, estanterías, algunos cuadros como adornos de las paredes. Encima de las librerías y sobre un mueble armario que habrá en uno de los testeros, esculturas de barro, yeso, etc. Sobre el mueblecito que habrá en la lateral derecha, una panoplia con diversas armas.

Puerta al fondo; una en la lateral derecha y otra en la izquierda. En esta, una butaca, una mesita de las llamadas de «thé» y una silla.

Al levantarse el telón aparecen en escena, Emilia sentada, cosiendo en un traje de niño. Tendrá á los pies un cesto de costura. Alberto sentado en un sillón que habrá detrás de la mesa-despacho, hojéa y ordena unas cuartillas.

ESCENA PRIMERA

EMILIA y ALBERTO

EMILIA Descanse. No ha cesado de trabajar.

ALB. Tampoco usted descansa.

EMILIA He de terminar para mañana, cuando se levanten, el arreglo de esta ropita de los niños.

ALB. ¿Van al campo con sus compañeros de escuela?

EMILIA A beber aire puro, á bañarse en sol, á fortalecerse y á divertirse. ¡Que disfruten su edad!

ALB. La niña es un encanto.

EMILIA ¿Y mi César? En nombre, en figura y en imaginación, es cabal imagen de su padre... ¡Si no fuera tan terco!

ALB. Déjele usted. La terquedad del niño es voluntad cuando el niño se hace hombre. ¡Paso ratos deliciosos oyéndole! ¡Es muy grave en sus juicios, muy firme en sus resoluciones!... Algunas veces á más de oirle necesito mirarle para convercerme de que es un niño y no una persona formal.

EMILIA En lo reflexivo sale á su tía.

ALB. Amparo vale mucho.

EMILIA Sus energías me confortan en esta vida de privación y disimulo á que nos someten de una parte la realidad y de otra las ilusiones que en su desconcertado juicio se forja

nuestro enfermo. Decía usted bien, Amparo vale mucho.

ALB. Sus discípulas ciegan por ella.

EMILIA No digamos los chiquillos de casa. Estoy por asegurar que César la quiere más que á mí.

ALB. ¿Y Enriqueta?

EMILIA ¡Esa no! Para Enriqueta su madre sobre todo. Si viera usted las cosas que inventa para alegrarme, siempre que me ve ó me supone triste.

ALB. Es una santita.

EMILIA Ojalá no lo sea.

ALB ¿Por qué?

EMILIA Porque en la vida, como en el calendario, hay pocas santas que no hayan sido mártires. (Breve pausa durante la cual Alberto contempla tristemente á Emilia que ha puesto los ojos en la costura y sigue su labor.)

ALB Parece que tardan los niños.

EMILIA (Riendo.) ¡Qué impaciente!

ALB. En cuanto retrasan su vuelta del colegio, creo que me falta algo. ¡Les quiero!...

EMILIA No es extraño. Les ha visto nacer. El niño, esta mañana antes de marcharse, preguntaba con gran interés por usted.

ALB. Quedará su interés pagado. Aquí está el juguete mecánico que anoche le ofrecí.

EMILIA ¡Qué bueno es usted!

ALB. A su lado fuera torpe quien no aprendiera á serlo. (Otra pausa breve.)

EMILIA ¿Son de César esos papeles?

ALB. Sí. Cuentos, impresiones, artículos; algunos

á medio terminar. Los reviso para ver si ordenándolos y hasta poniendo mis manos pecadoras en lo no concluído, logro concertar un volumen. Imprimiendo á su frente el nombre de don César se vendería mucho.

EMILIA ¡Su nombre! El tiempo transcurrido desde aquella noche cruel sobra para que ninguno lo recuerde.

ALB. El nombre de don César es de los inmortales.

EMILIA Tal vez cuando muera, en el porvenir. Al presente, ¿quién hace memoria de César? Los primeros días llenaba la gente nuestra casa; por resmas se contaron las firmas. Visitas, emisarios, ofrecimientos... Duró ello, casi, casi, dos meses. ¡Después!... usted lo ha visto: comenzó la gente á escasear, comenzó el interés público á desvanecerse, y ya nada. Nadie; dos ó tres amigos, entre los cuales está usted. Olvido y pobreza hoy, acaso desprecio y miseria mañana. Gracias á que César no se da cuenta de la realidad.

ALB. Saben ustedes disfrazársela con tal discreción...

EMILIA Es nuestro deber. Por eso cuando, para reducir gastos, tuvimos que mudarnos de casa, pretextamos una orden del médico, disponiendo que residiéramos fuera de la ciudad, en una barriada campesina, en un domicilio con jardín. Cuatro árboles tísicos y un macizo de flores forman ese jardín; ni los árboles dan sombra ni las flores perfume. La venta de muebles y otros objetos de valía, á

insuficiencia de local se achacó. ¡Ay, Dios mío! ¡Dios mío! (Con angustia.)

ALB. No se aflija.

EMILIA La aflicción no es por mí. Estoy hecha á los sufrimientos. Es por César; sobre todo por mis dos criaturas. ¡Qué será de ellas cuando exijan su educación y su porvenir sacrificios mayores!

ALB. No vale perder la esperanza. Por el pronto las obras dramáticas del maestro siguen haciéndose en provincias. En la capital, el público es más novelero. Sin embargo, alguna vez que otra aparecen en los carteles. Sus libros... Ya vió usted las últimas liquidaciones... Además... Acaso la dolencia sufra una crisis favorable.

EMILIA No me hago ilusiones; mejor dicho, no se esfuerce usted en que me las haga. (Llora. Entra por el fondo Seco del Árbol.)

ESCENA II

EMILIA, ALBERTO y SECO DEL ARBOL

SECO Buenas tardes. ¿Lágrimas? Se prohibe llorar. ¡Hola, maestrillo! ¿Y César?

EMILIA Soto Hernández vino á buscarle en un automóvil y se lo llevó á dar un paseo. No tardarán mucho en volver.

SECO Excelente amigo el doctor. El automóvil se lo habrá prestado algún cliente. ¡Propio lo podría tener!... Pero ¡quiá! El dinero que

saca con una mano á los enfermos ricos, lo gasta con la otra en los enfermos pobres. (A Alberto.) ¡Bravo, joven! Su drama es muy valiente.

ALB. Dejemos á los muertos en paz.

SECO Esos muertos reviven. ¡No hay que acobardarse! Quien aspire á lo grande apercíbase á peleas recias y largas. No se alza una pirámide con tanta facilidad como un guardacantón.

ALB. No me acobardo. Pero en lo que toca á este drama, *requiescat.*

EMILIA Quizás las noches sucesivas...

ALB. Las noches sucesivas ocurrirá lo propio; algunos aplausos, no tantos como protestas, en la sala; muchas discusiones en los pasillos, y empeorando el resultado de la primera representación, poco dinero en contaduría; dentro de cuatro ó cinco noches quitarán de los carteles la obra y nadie volverá á recordarla.

EMILIA En cambio la novela ha tenido gran éxito.

ALB. Tal parece.

SECO Y se vende á montones. De aquí á unos años gastará Alberto cédula de glorioso. Veremos si entonces sigue usted siendo el rebelde de hoy.

ALB. Más que hoy lo seré, porque pisaré terreno más firme.

SECO Sobre todo no se venda usted nunca, Alberto. ¡Nunca! Ni al oro ni al placer, ni á la ostentación, ni al aplauso. El artista y la mujer se rebajan y se prostituyen cuando se

venden. Mientras se dan, libres son de hacerlo á quienes quieran y como quieran. Quien se da puede producir lástima por mal darse; quien se vende, sea por lo que sea, sólo asco produce.

(Amparo ha entrado por el fondo y oído la última parte de la conversación.)

AMP. O lástima, amigo, é indignación contra quien compra.

ESCENA III

EMILIA, AMPARO, ALBERTO y SECO DEL ARBOL

SECO ¿Cómo?

AMP. Concretándome á la mujer, que es la parte que me interesa, ¡cuántas se venden porque no las queda otro recurso!... El hambre es muy mal consejero; la que puede satisfacerlo á cambio de su hermosura ó de su juventud, ¿cómo va á resistir?

EMILIA Algunas resisten.

AMP. Cierto; pero convengamos en que las mártires no abundan; ni hacen falta tampoco. Otra cosa es lo que hace falta. Ponga usted á todas las mujeres en condiciones de vivir por sí propias para los suyos y para ellas. ¿Cuántas se venderían? Ni una.

SECO ¿Y las que se venden por ansia de lujos, de riquezas y de ostentaciones?

AMP. Si desde que nacemos no nos hicieran considerar el lujo, la riqueza y las ostentacio-

nes como principales fines de la vida no habría ventas de esa especie.

SECO Es posible.

ALB. Seguro.

AMP. A las que se venden por librarse de la miseria ó librar de ella á quienes sirven de sostén ¡cómo no sincerarlas! No diré por suerte, por los desvelos de mi padre, vivo sin grandes ahogos, con los recursos que me proporciona mi carrera. Si cuando quedé viuda, joven y no fea del todo, con el hijo que hoy anda por los mares, no hubiera tenido esos recursos y hubiera entrado la miseria en mi casa y hubiera alguien venido á mí, en compra de mi juventud, ¿qué hubiera hecho? Por mí sola, no estoy segura; acaso resistir. ¡Por mi hijo! Por mi hijo, en último extremo, cien veces me vendo y me quedo con la conciencia muy tranquila. A propósito de hijos. (A Emilia) En la alcoba dejé los tuyos mudándose de ropa; los he recogido al venir.

EMILIA ¿Están ahí los chicos? En tal caso, con licencia. (Sale por la puerta derecha.)

AMP. Por César no pregunto; sé que salió con Soto. (A Alberto.) Si ha traído á Cesitar el juguete que le ofreció, llevéselo á escape. Está insufrible. Si no tiene el juguete pronto es capaz de arrancarse uno á uno todos los pelos de su terquísima cabeza.

ALB. Pues corro á evitar el desmoche. (Sale por la derecha.)

ESCENA IV

AMPARO y SECO DEL ARBOL

SECO — Siga usted, siga usted con sus teorías, simpática revolucionaria.

AMP. — No me gusta discursear y menos discutir. Con usted lo hago para burlarme de su excepticismo y de su egoismo postizos.

SECO — ¿Postizos?

AMP. — ¡Y tanto! Se los pone usted á hombros cuando sale á la calle como se pone el impermeable cuando sale á la lluvia. Debajo del impermeable hay un hombre lleno de fe y amor á su prójimo. Gran prueba de lo último da acudiendo á esta casa.

SECO — César es una excepción en mis egoismos.

AMP. — Y los hijos de César otra; otra, Alberto; otras Emilia y yo.

SECO — Ahí concluyen las excepciones.

AMP. — Porque no hay en casa más gente. Es decir, sí. Está la criada con quien siempre echa usted un párrafo al salir y al entrar. Es buena moza, ¿eh?

SECO — Déjese usted de burlas. ¿Qué tal va esa escuela?

AMP. — Como un paraíso habitado por diablos. ¡El diablo mayor es Manolita, un ángel de rizos negros y ojos azul prusia. Por supuesto, las otras no se quedan atrás. Sólo una tengo muy callada, muy quieta. La pobre está en-

fermita. Las restantes siempre inventando travesuras Yo hago la vista gorda. ¿Quién impide á las mariposas volar? ¡Que se expansionen, que desarrollen libremente sus caracteres!... Si viera usted cuánto gozo estudiando y encaminando esos caracteres. Para esto de educar niños las mujeres servimos mejor que los hombres. No es extraño; en la educacion infantil hay mucho de maternidad.

SECO Siendo ello así, pocos aventajarán á usted en su oficio; porque usted con toda su independencia y con toda su sabiduría lleva dentro de su alma una enorme cantidad de mujer.

AMP. ¡Faltaría que no! Lo fuí para amar, para dar un hijo á la existencia, lo soy para servir de madre á un montón de colegialillas; y sin asustarme, si la ocasión llegara, para dar una conferencia en el Ateneo; repaso muy bien los calcetines, y espumo la olla, y tomo la cuenta á la criada y le quito el polvo á los muebles. ¿Qué había supuesto el amigo?

SECO No supongo, afirmo que la modelaron para hacer la dicha de un hombre con sentido común. ¡Quién fuera él! Algunas veces pienso si podía ser yo. (Semiserio.)

AMP. ¡Nosotros!... (Riendo.) Buena estaría yo buscando la miel de la luna á los cuarenta y cinco, con el pelo lleno de canas. Se reirían de ellas; y de usted, que fuera lo peor.

SECO Pues le juro...

AMP. Basta de bromas ó si quiere usted de ilusio-

nes que vienen con retraso. (Con seriedad.) Sabe usted que yo no soy mía. Me debo á César, á sus hijos y á su desdichada mujer.

SECO ¡Desdichada de veras!

AMP. Víctima de mi hermano fué cuando lucía por el mundo sus glorias. Olvidada, pospuesta vivió. Mientras las amantes de César le paseaban triunfalmente por ahí ella se recluía dentro de su hogar, para ser esclava de su honradez y de sus hijos.

SECO Y ahora...

AMP. Ahora recogiendo al que el mundo deshechó por inútil, auxiliándole en enfermera, sufriendo sus acritudes, sus quejas, sus desesperaciones. Siempre su víctima. Antes por lo que él era, ahora por lo que ha dejado de ser.

SECO Triste situación, no la de ella sólo, la de todos ustedes.

AMP. Sí, bien mirado cada uno por su estilo. Ventaja es que César no se entera.

SECO De todas maneras la enfermedad de César ocasiona gastos cuantiosos, la educación de esas criaturas... Lo que usted gana...

AMP. Es poco. Mal andaríamos con ello. Afortunadamente hay más...

SECO ¿Eh?

AMP. Los dramas, las novelas de César.

SECO ¿Sus obras?

AMP. Producen aún suma no despreciable.

SECO ¿Qué? (Sin poder contener la sorpresa.)

AMP. ¿Como, qué?... Acabe. ¿Qué significa su pregunta? Qué hay detrás de ese ¿qué?

SECO — Nada... Le repito que nada.

SOTO — (Dentro.) El paseo le ha sentado admirablemente.

(Entran por el fondo Soto Hernández y César. Habrá ocurrido en éste un gran cambio físico desde el prólogo; estará flaco, pálido, infirme, con la barba y el pelo muy canosos; al andar arrastrará levemente los pies, en su mirada habrá cierto extravío. Procure el actor indicar una de esas dolencias cerebrales que van inutilizando al hombre intelectual y materialmente.)

ESCENA V

AMPARO, SECO DEL ARBOL, CÉSAR y SOTO HERNÁNDEZ

SECO — No hay que preguntar; ya hemos oido á Soto. ¿Con que vamos mejor?

CÉSAR — Mejor... sí.. mejor. ¿Por qué no ha querido usted que llegáramos á la ciudad?

SOTO — Porque en ella, después de una ausencia tan prolongada le esperaban emociones muy fuertes. Hemos convenido en que no las reciba usted hasta encontrarse bien del todo.

SECO — El golpe fué muy rudo.

SOTO — Hay que tener unos meses más de paciencia.

CÉSAR — Hace tantos y tantos meses que vivo así, aislado, aburriéndome, sin distracciones de ninguna índole...

SECO — Muchas gracias. ¿De modo que Soto, Alberto, yo, don Mariano no somos nada para tí?

AMP. — ¿Nada tampoco tu hermana, tus hijos y tu mujer?

CÉSAR — No es eso; no es eso. Ustedes son buenos conmigo, muy buenos; pero mi vida de antes...

SOTO — Volverá usted á ella cuando yo se lo ordene. Primero es menester que pueda dedicarse sin peligro al trabajo, que se fortalezca ese cuerpo, y que esas piernas, esas pícaras piernas recobren su vigor. Tengo empeño en que cuando salga usted de aquí y torne á presentarse al mundo, lo haga con toda su planta de buen mozo y toda su majestad de gran artista. No quiero que me critiquen diciendo que hago á medias las cosas. De manera que á obedecer mientras llega la hora y á vivir para quienes le amen de verdad.

AMP. — Bastante vivió para los que admiran sin amor y olvidan sin remordimiento.

SECO — ¿Estamos conformes?

CÉSAR — ¿Qué hacer si Soto lo manda y le soy deudor de la vida? Además las piernas, las malditas piernas, dan la razón á Soto: aún no son obedientes. Andar me causa gran fatiga; los pies se me agarran al suelo como si quisieran echar raíces. El cerebro es más complaciente, ya no siento aquella atonía, aquella pesadez... Sólo algunas veces, (A Soto.) muy de tarde en tarde, ¿eh? si persisto mucho tiempo en una misma idea y la eslabono á otras y quiero con todas ellas solucionar problemas reales ó construir mundos imaginarios, siento de pronto, en el instante de mayor lucidez, cuando el problema real está á

punto de resolverse ó el mundo imaginario llega al término de su modelación, que una nube densa, pesada, hecha con átomos de plomo invade mi cerebro; dentro de esa nube las ideas se desligan, se esfuman; me afano en perseguirlas, en volverlas á reunir; la nube, la maldita nube las borra. ¡Todo se desvanece en ella!... ¿Qué será esto, doctor?

SOTO — Lo que el régimen prescrito por mí vencerá por completo.

CÉSAR — Pero es horrible... ¡horrible!...

AMP. — Cálmate.

SECO — Tal vez la excitación provocada por el paseo en automóvil.

CÉSAR — El paseo... Sí... puede... ¿Y Emilia?

SECO — A dar un beso á los chiquillos entró con Alberto.

CÉSAR — ¿Con Alberto? ¡Estaba aquí Alberto!

AMP. — Como siempre á estas horas. Fué con Emilia á entregar á César un juguete mecánico que trajo de la ciudad para él.

CÉSAR — Es muy servicial. Tengo un discípulo maravilla. Cuando no está conmigo, está con mis hijos ó con mi hermana ó con mi mujer. No se aparta de nosotros más que para dormir, cinco ó seis casas más arriba, donde le hospeda la familia de don Mariano. Es muy servicial, muy servicial, y muy aprovechado. ¿Han visto su drama? Le predije el fracaso.. No basta inspirarse en ideas ajenas... hay que desenvolverlas bien... La novela... Algunos capítulos recuerdan obras mías. De todas suertes es un joven aprovechado. ¿Y

dices que están con los muchachos? También quiero yo besar á mis hijos. En seguida estamos de vuelta. (Sale por la derecha.)

ESCENA VI

AMPARO, SECO y SOTO

AMP. Desde hace días la tiene tomada con Alberto; no cabe injusticia mayor. Alberto adora en él; es capaz por él y por nosotros de cualquier sacrificio.

SECO Naturalmente. Desde mozuelo está al lado de César y éste siempre le trató como á hijo.

SOTO Los odios sin motivo son propios á la enfermedad que sufre César. Hay que perdonárselos. Los hará recaer sobre los más próximos á él y sobre los más estimados por él anteriormente. Mucha resignación necesitan ustedes. Y si al menos curara...

AMP. ¿No tiene esperanza?

SOTO Usted es valerosa y conviene que esté prevenida. Al presente la lesión del cerebro no ha matado su inteligencia; no ha hecho más que empañarla. Brilla, pero entre nubes. ¿Recuerdan ustedes el espectáculo del sol invernal cuando resplandece entre nieblas? Cubren las nieblas valle y monte formando cortinajes espesos; tras ellos cabecea el sol; pero no es ya el sol rojo, encendido, desbordante en chispas luminosas; es una luna pálida, más pálida que la misma luna, una

hostia lívida, sus rayos blanquean, su calor se pierde entre viscosas humedades. El astro se ofrece á nuestros ojos como un sol fantasma. A veces se empurpura, lucha con la niebla, parece que va á deshacerla, á brillar en todo su esplendor. Dura ello muy poco; la niebla lo envuelve, condensándose más y más según que la tarde declina, y la hostia lívida muere sin crepúsculo, tragada por la noche.

AMP. ¡Desventurado hermano mío!

SOTO Más desventurados ustedes porque en estas dolencias la muerte tiene la coquetería de hacerse esperar mucho.

SECO Lo necesario para la desesperación de una familia y para la ruina de un hogar.

AMP. Lucharemos contra ella.

SECO Silencio. Ahí viene César con Alberto y Emilia.

AMP. Les dejo con ellos. Tengo lágrimas en los ojos y no quiero que las vea mi hermano. (Sale por la izquierda.)

(Entran por la derecha Emilia, César y Alberto.)

ESCENA VII

EMILIA, CÉSAR, ALBERTO, SECO DEL ARBOL, SOTO HERNANDEZ

CÉSAR Si no voy por ellos siguen hasta mañana allí. No; no contabais los minutos.

EMILIA Estaba César tan encantador explicando á su hermanita el juguete mecánico y tan

monísima Enriqueta oyendo é interrumpiendo las explicaciones de César.

Alb. ¿Quién cuenta los minutos junto á aquellos dos ángeles?

César ¿Y yo como si no existiera? Qué importo yo, ¿verdad?

Emilia Ignorábamos que hubieses vuelto. ¿Por qué no avisaste en seguida?

Soto Se fué en busca de ustedes á poco de llegar.

Seco Este César siempre fué sus miajas egoísta; ahora con los mimos de enfermo se recrudece el vicio. ¡No lo quieras todo para ti! Deja que repartan con los demás algo de su afecto y no te quejes sobre todo si le reparten con tus hijos.

César No está mal para excusa.

Alb. ¿Excusa?

César ¡Bien!... ¡Bien!... De manera, doctor, que dentro de unos meses curado. ¿Es formal la promesa?

Seco ¡Pues claro!

César Si vieran ustedes qué ansias tengo de verla convertida en realidad. Y es más que por mí, por los otros, por los ingratos. Lleva razón Soto, no debo presentarme á esos envidiosos que me juzgan aniquilado, con estas piernas que se arrastran, con este cuerpo que hacia la tierra se encorva. Debo presentarme como antes, erguido, pronto á cualquier lucha. ¡Y me presentaré!... ¡Vaya si me presentaré! ¡Ya verán, ya verán los que, cerca ó lejos de mí, me desdeñan ó burlan!

EMILIA (Bajo á Alberto.) ¿Cerca de él? ¿A quién se puede referir?

ALB. Lo ignoro.

CÉSAR Será completo mi desquite. Quizás ello ocurra antes de lo que, ingratos y envidiosos, puedan imaginar. Es mi idea, mi gran idea.

SOTO ¿Sí?

CÉSAR También es mi secreto. Y esta idea no es como las otras; con esta no puede la nube, la nube plomiza de que les hablaba antes. Las otras se dispersan, se esfuman. Ella no; ella continúa resplandeciendo; secreta la guardo, pero algunas veces debe de asomarse á mis ojos porque lo siento arder.

SOTO Así, confiado, alegre, quiero ver siempre á usted. ¡Al diablo, envidiosos é ingratos! Cuando piense en ellos, encoja despectivamente los hombros y lleve el pensamiento á cosas mejores; á los que le quieren de veras. (Señalando á Emilia y Alberto que estarán junto á la mesa hojeando las cuartillas que Alberto dejó antes sobre la mesa.)

CÉSAR (Fijándose en lo que hacen Alberto y Emilia.) ¿Qué papeles son esos?

ALB. Trabajos antiguos de usted. Tengo propósito, previa su venia, de constituir con ellos un volumen.

CÉSAR ¡Trabajos míos!... Tráelos. (Arrebatándoselos violentamente y metiéndolos en el mueblecillo, cuya llave se guarda.) De lo mío, entiéndelo, no se dispone sin que yo lo autorice.

ALB. Maestro, yo...

EMILIA Una intención noble le guiaba.

CÉSAR Calla. Esto no te incumbe. (A Alberto.) Gracias por la intención, pero no revises más mis trabajos.

EMILIA Perdónele usted.

ALB. ¿Perdonarle? ¿No sabe usted que él es mi culto? (Breve pausa.)

SOTO Se hace tarde y con gran sentimiento mío tengo que decirles adiós. Volveré mañana á ver á ustedes y á traer á César un medicamento que considero eficaz y que prepararé yo mismo. (A Seco.) Venga usted conmigo, le llevaré en el automóvil, no soy codicioso, repartiremos el préstamo de hoy por si no se repite.

CÉSAR Vayan ustedes hasta el empalme con la carretera y les acompaño. Tengo ganas de andar un poco.

ALB. Yo iré también y á la vuelta acompaño al maestro.

(Entra don Mariano por el fondo al tiempo que se dirigen á este César, Soto, Seco y Alberto.)

ESCENA VIII

EMILIA, SECO, SOTO, CÉSAR, ALBERTO, DON MARIANO

MAR. ¿Salen ustedes?

ALB. Hasta cerca. A despedir á estos señores.

SECO Venga con nosotros.

MAR. Del tranvía aquí hay un paseo y otro desde mi oficina al tranvía. Con ellos me sobra.

Mientras vuelve César daré conversación á Emilia.

CÉSAR Entonces hasta luego.

SOTO Y nosotros hasta la vista.

(Salen por el fondo César, Alberto, Seco y Soto.)

ESCENA IX

EMILIA, DON MARIANO. Al final AMPARO

EMILIA Siéntese; siéntese y descanse.

MAR. Esa es mi vida; descansar. Descanso forzoso como autor, descanso preciso como viejo y de la oficina no se hable; allí, descanso permanente.

EMILIA ¡Siempre de buen humor!

MAR. Hay una cosa peor que hundirse; hundirse rabiando. No hay que dar gusto á los enterradores. ¿Y César? ¿Qué dice Soto Hernández?

EMILIA Nada que permita alegrías.

MAR. ¡Qué lástima! ¡Qué lástima! ¡Y aun habiendo posibles para hacer al mal frente!... Por mis ahogos comprendo los de ustedes.

EMILIA ¡Hoy por hoy!... En el futuro... Las obras de César...

MAR. No hace falta que usted lo diga; estoy al cabo de la calle. Todas las comprometió malamente; hasta las últimas sirvieron á los prestamistas de botín.

EMILIA ¿Qué?

MAR. La de todos y lo de siempre. Cree uno que

el filón no va á concluirse y ande el rumbo. Lo mismito hice yo.

EMILIA Pero Alberto...

MAR. Alberto es un excelente muchacho, y agradecido como pocos. Bien paga á César la protección que de mozo le dispensara. Lo que él dice, si no por la sangre, por el alma, de la familia soy; mi deber está en ayudarla. Y ya han visto cómo lo hace. ¡Cuánta delicadeza para que César no se entere! ¿Verdad usted, Emilia?

EMILIA (Aparte.) ¡Qué es esto!

MAR. Sólo á él se le ocurre tal expediente para no entristecer al maestro. Ordena en la casa editorial y en la administración de autores que trasladen los ingresos de sus liquidaciones á las de César.

EMILIA ¿Qué dice usted? ¿Qué dice? No es posible lo que acabo de oir. (Entra Amparo por la derecha.) ¿Alberto manda trasladar los ingresos de sus liquidaciones á las de mi marido? ¿El dinero que César como suyo recibe á Alberto pertenece? Entonces ¿es de la limosna de Alberto de lo que vivimos aquí?

ESCENA X

DICHOS y AMPARO

MAR. Pero ¿es que usted no lo sabía?......

EMILIA ¡Saberlo!... Sabiéndolo, cómo admitirlo...

MAR. ¡Y yo imaginaba!... Como se considera hijo

de César, nada más natural que su acción y que ustedes... Dispénseme, dispénseme; yo que soy incapaz de hacer daño á una mosca hacérselo á usted, á ustedes, á quienes quiero tanto! (Con sincera desesperación.)

AMP. No se desespere; reconocemos que no hubo malicia en su dicho.

MAR. Causar yo un daño á ustedes...

EMILIA Para no aumentarlo, ni una palabra á César; á Alberto tampoco una palabra.

MAR. Descuiden, descuiden, ¡Qué he hecho, Dios mío, qué he hecho yo! (Sale por el foro.)

ESCENA XI

EMILIA y AMPARO

EMILIA ¿Oiste?

AMP. ¡Sí, hermana!

EMILIA ¡Hijos de mi alma! ¿Cómo hacer frente ahora á la desgracia y á la ruina?

AMP. Con nuestro propio esfuerzo.

EMILIA Si estuviéramos solas, sí; ningún trabajo nos arredraría; ninguna humillación honrada nos fuera imposible. Pero está él, vive él. A él no puede humillársele. Tampoco podemos mendigar en su nombre. Cuando todos lo dejan caer nos toca á nosotros levantarlo. Viviendo él, ¿qué hacer nosotras solas?...

AMP. Sin embargo, hemos de ser nosotras solas. Porque tienes razón; viviendo él, de nadie

debemos mendigar un auxilio: de nadie, ni de Alberto.

EMILIA ¡Menos de Alberto que de nadie!

AMP. ¿Menos?... ¿Y por qué? (Emilia mira á Amparo angustiosamente. Amparo luego de recoger la mirada de Emilia.) Dices bien, de él menos que de nadie. (Emilia retrocede ocultando el rostro en las manos.) Sufrir, sí. ¡Avergonzarte!... Se avergüenzan los delincuentes. Tú no eres de esa casta. (Acercándose á ella y tendiéndole los brazos donde se deja caer Emilia sollozando.)

FIN DEL ACTO PRIMERO





ACTO SEGUNDO

La misma decoración del acto primero

ESCENA PRIMERA

AMPARO y DON MARIANO

MAR. A Emilia me da vergüenza presentarme. Vengo porque sé que ella no está en casa y porque necesitaba ver á usted para que interceda por mí. ¡Usted perdóneme también! ¿Y Alberto?... Si él supiera que por mi causa... ¡Soy un mentecato, señora! ¡Pero nada más que un mentecato! En toda la noche he podido pegar los ojos.

AMP. No se apure; ya sabemos que fué sin intención.

MAR. Amparo, le juro...

AMP. No más excusas. Emilia y yo le perdonamos.

MAR. Sí, sí; pero he causado á ustedes un enorme perjuicio. Sin la ayuda de Alberto, ¿cómo van ustedes á arreglárselas? ¡Esos pobres niños!...

AMP. No hay nada imposible donde hay voluntad. Nosotras la tenemos.

(Entra por el fondo Soto Hernández.)

ESCENA II

AMPARO; DON MARIANO y SOTO HERNANDEZ

SOTO Se han puesto mis clientes de acuerdo para llamarme con urgencia. Hoy sí hago visita de médico. Y eso porque ofrecí traer este preparado, que será muy útil á César. (Sacando del bolsillo un frasquito.)

AMP. ¿Ha observado usted que desde hace tres ó cuatro días está más ágil, más despierto?

MAR. Sin duda que lo está.

SOTO Y ello me preocupa. Estas reacciones son saltos engañosos; se avanza para luego caer. Horas hay, días, en enfermedades de esta índole, durante los cuales el cerebro recobra toda su lucidez, estoy por decir que funciona con más firmeza, con más lucidez que nunca, y sin embargo...

AMP. Doctor...

SOTO No es que tema complicaciones inmediatas, pero vale estar prevenido. De este frasco

echará usted cuatro gotas, sólo cuatro en dos dedos de agua y se la hará beber al enfermo tres veces al día. A propósito del enfermo, ¿dónde anda?

AMP. Debe estar en su cuarto. El correo le trajo una carta y un paquete voluminoso. Los miró y remiró delante de nosotras. Fué para adentro con ellos.

SOTO ¿Está con él Emilia?

AMP. No; ha ido á Madrid á unos asuntos. Los niños han ido también de excursión. Emilia salió aprovechando que no tengo escuela por la tarde y puedo acompañar á mi hermano.

SOTO Voy en su busca, con permiso de ustedes, porque no me puedo detener.

AMP. No hace falta. Ahí viene.

(Entra César, preocupado, revolviendo entre sus manos un paquete cuya cubierta estará rota y una carta sin sobre. Sin fijarse en los otros se dirige hacia la mesa.)

ESCENA III

AMPARO, DON MARIANO, SOTO HERNANDEZ y CÉSAR

AMP. ¿César?

CÉSAR ¡Eh! (Sorprendido.)

SOTO Mal ceño traemos.

CÉSAR Hay motivo. (Con amargura.) ¡Parece mentira que la ingratitud y la ruindad humanas lleguen á tal punto!

MAR. ¿Qué es ello?

CÉSAR Ello son esta carta y este manojo de cuartillas. (Las que trae en la mano.)

AMP. ¿Las que recibiste hoy?

CÉSAR Sí. (Dejando el paquete de cuartillas encima de la mesa.) ¡Ah, mi idea, mi gran idea! ¡deshecha! ¡aplastada!...

SOTO Explíquese.

CÉSAR A eso voy, si me permite la indignación hacerlo. Las traiciones sublevan. Esta me produce tal cólera, que de tener á sus autores entre mis manos les haría cachos menudos, muy menudos, tan menudos como los hago de esta carta. (Rompiendo en pedazos nerviosamente la carta que conservó en las manos.)

AMP. ¿Se puede saber...?

CÉSAR (Luego de hacer un violento esfuerzo para tranquilizarse se dirige á la mesa y coge el paquete que sobre ella dejó.) Estas cuartillas son un drama. Escrito fué á escondidas, aprovechando mis instantes de soledad. No quería que se enterara nadie, nadie, ni Emilia, ni mi hermana, ni Alberto... Ocultándome unas veces en la caseta del jardín, de la que he hecho mi celda, aprovechando otras las horas de la noche, cuando Emilia dormía al lado de los niños; dejando caer la persiana de la caseta para que no me viesen trabajar; espiando el sueño de mi mujer y de mis criaturas, escribía, escribía... El misterio que rodeaba mi labor era á esta favorable. En mi drama hay también ambiente de misterio. Las pasiones andan ocultas en los personajes, ace-

chando dormires, reprimiendo ansias y vibraciones. Son como corriente subterránea que va por bajo de granito y sólo da muestras de su vida con alguna lágrima de agua que burbujea entre los poros de la piedra, con algunas manchas de musgo que la aterciopelan y enrojecen. Así va la corriente, oculta, ignorada. Súbito, por una espantable cortadura, por un hachazo que, dentro á fuera, raja el monte, se lanza la corriente al espacio en catarata que todo lo arrolla y lo pulveriza y lo envuelve. Así ocurre en mi obra. Las almas de mis personajes son hendidas por un brutal hachazo y la pasión surge de ellas ciega, arrollando conveniencias, deberes, provocando la catástrofe entre gritos de odio, de venganza, de amor. Pero ¿á qué hablar del drama? Hablemos de la idea que me llevó á escribirlo. ¿Cuál fué?

MAR. Sí. Sepamos...

CÉSAR Dar el drama á la escena sin que el público supiera que el autor era yo. La noche del estreno, los ingratos, los envidiosos, los que me dan ó me quieren dar por concluído, no tendrían tiempo de revolverse contra mí. Vendría el éxito, y cuando viniera, cuando todas las manos fueran un solo aplauso y todos los labios una aclamación única, pronunciarían los actores mi nombre, y saldría yo al escenario arrastrando los pies, pero con la frente en la gloria. ¿Qué otro más completo mentís á los envidiosos y á los ingratos que me desdeñan ó me olvidan?

MAR. ¡Admirable!

(Soto y Amparo se miran tristemente.)

CÉSAR Pues esa carta, cuyos pedazos tiemblan ahí (El suelo.) destruyen mi idea, hacen mi desquite imposible.

MAR. ¿Por qué?

CÉSAR El empresario, el que en tiempo no muy lejano mendigaba casi de rodillas mis obras, me escribe diciendo que el drama no puede entrar en turno, ¡en turno! hasta la temporada próxima, y me lo devuelve mientras que llega esa ocasión.

MAR. ¡Es muy mala persona!

CÉSAR ¡Y si quedara ahí el agravio!

SOTO ¿Hay más?

CÉSAR (Con profunda amargura.) No es él sólo quien me desdeña. ¡El, al fin y á la postre!... En su carta me dice que por él y porque se trata de mí, ¡cuánta bondad, eh! haría un esfuerzo; pero—añade—la primera actriz me manifiesta que tiene muchos papeles en estudio y no se encarga de otro más.

MAR. ¿Ella dice eso?

CÉSAR (Con ironía dolorosa.) Eso dice Felisa. ¡Felisa!... (Con desesperación.) ¡Y es á mí! ¡á mí! Al hombre...

AMP. César... (Con severidad dulce.)

CÉSAR Tienes razón. Perdona. (Luego de una pausa, contemplando con pena las cuartillas.) ¡Drama desventurado mío!... (Queda contemplándolo.)

SOTO ¡Vamos, querido César!... Después de todo paga usted su culpa.

CÉSAR ¿Mi culpa?

SOTO — Claro. ¿No le tiene ordenado este médico que no fatigue su imaginación, que no se preocupe por nada, ni por nadie?

CÉSAR — Eso es más fácil ordenarlo que hacerlo...

SOTO — ¿Y qué logró con rebelarse? Recibir un disgusto y poner en exaltación esos nervios que necesito yo tranquilos. Ya vendrá la ocasión de emplearlos; pero hay que esperar.

CÉSAR — Esperaré esa ocasión y entonces...

SOTO — Mientras llega el entonces ocupémonos del ahora. El mío está en ganar el tranvía á saltos. ¡Mis enfermos me linchan! (A Amparo.) No olvide mis indicaciones sobre el medicamento.

CÉSAR — ¿Un medicamento?

SOTO — Eficaz. (A Amparo.) A cargo de usted queda.

AMP. — Descuide.

SOTO — Descuidado y adiós.

CÉSAR — Iremos con usted hasta la puerta del jardín y en cuanto le dejemos Mariano y yo encerrados en la caseta leeremos algunas escenas de mi drama. (Se dirigen hacia el fondo.)

AMP. — Yo en tanto prepararé las lecciones de mañana para aquellas diablillas.

(Salen por el fondo Mariano, Soto Hernández y César. Amparo se dirige hacia la mesa, toma asiento frente á ella y cogiendo unas cuartillas y una pluma se dispone á escribir.)

ESCENA IV

AMPARO. A poco EMILIA por el fondo en traje de calle

AMP. (Luego de intentar escribir.) ¡Pícara pluma!... Habrá que poner otra. (Lo hace y comienza á escribir.)

(Entra Emilia por el fondo.)

EMILIA ¿Tardé mucho?

ESCENA V

AMPARO y EMILIA

AMP. No.

EMILIA No fué mucho tiempo preciso para conocer la verdad. (En tanto se quita los guantes y el sombrero que dejará sobre una silla.)

AMP. Animo, Emilia, ánimo.

EMILIA Lo tengo, estoy segura de tenerlo. No habiéndome faltado en esta peregrinación dolorosa, ¿en qué puede faltarme? Los dramas de César vendidos por él se hallan, ó comprometidos en operaciones de usura que hacen el rescate imposible. Sus novelas, sus libros tampoco son ya de él; también pasaron á otras manos. Fué toda su labor escasa al pago de sus fantasías de artista y de sus vicios de hombre.

AMP. ¿Nada resta?

EMILIA — Deudas á solventar, compromisos á satisfacer y resta, restaba, el engaño noble de Alberto. Sin ese noble engaño hace tiempo que el mañana angustioso fuera para nosotros hoy.

AMP. — ¡Cuánta grandeza hay en la acción de Alberto! Torpes serán si la califican de limosna.

EMILIA — No lo hacen. A otros motivos la atribuyen. Ciertos favores hay que pagarlos bien.

AMP. — ¡Emilia!

EMILIA — En todos cuantos me hablaron de las generosidades de Alberto, hubo un gesto equívoco, una mirada irónica, que me recorría de alto abajo, como examinándome, como justipreciándome.

AMP. — ¡Eso no es posible!

EMILIA — También lo dije yo; también quise desechar la idea, atribuyéndola á falsas interpretaciones de mi conciencia dolorida. Había en las frases corteses, en los acentos compasivos que acompañaban á miradas y gestos algo que me permitía dudar. No fué mucho. Alguien más franco... Uno que revolvía sobre una mesa fajos de billetes me dijo como todos los anteriores: «El desinterés, la bondad de Alberto son extraordinarios.» No se detuvo ahí, como los otros. «Verdad es—añadió contemplándome con admiración ofensiva, mientras recontaba los billetes—que ello se explica bien. En el caso de Alberto haría cualquiera lo propio.» Ya ves

que la gente no llama á la acción de Alberto limosna. Nombre diferente le da. ¿Gratitud generosa? ¿Desinterés sublime? Hay otra explicación más fácil y, por lo visto, más corriente. (Rompiendo en sollozos.)

AMP. Valen mucho tus lágrimas para caer sobre villanías.

EMILIA Villanías son, es verdad. Sospechas ruines que estarán pronto desvanecidas; por César y mis hijos lo haré. No sufrirá por mí el decoro de César. No habrá sombra alguna que nuble para el amor de esas dos almitas la imagen de su madre... ¡Mal entrarán por la existencia si entraran con la duda de mi honradez!... Así como puedo apartar esta desdicha de mis hijos pudiera apartar otras. ¿Qué hacer, qué hacer, Amparo, contra la desgracia que nos hiere?

AMP. Todo menos acobardarse. Estamos solas frente á la ruina y debemos impedir que la sufran César, porque es un hombre enfermo; los dos niños, porque lo son. (Sigue llorando Emilia.) No llores; no podemos llorar; hay situaciones que no permiten ni la tregua del llanto. Las lágrimas suponen tiempo para verterlas. Nosotras no disponemos de él. Se llora la muerte de un ser querido, de una esperanza de un amor, la ruina de un hogar no se llora, se evita.

EMILIA ¿Cómo?

AMP. No pierdas la confianza nunca. Modos habrá de que César continúe en su ignorancia de hoy. A Enriqueta, con cualquier pre-

texto, el de que yo mismo la eduque, podemos sacarla de ese colegio fastuoso á que la llevaron las vanidades de mi hermano. ¡El niño...! Siga ahora donde está. Más adelante, cuando su edad, cuando sus estudios lo exijan, forma habrá de atenderle. Dejemos esto al porvenir.

EMILIA ¿Y el presente?

AMP. No es gran cosa mi sueldo; menos todavía lo que mis lecciones producen; mis discípulos particulares son de clase modesta; culpa de mi manera de pensar y de ser. ¡Qué demonio! ¡Haremos un esfuerzo! Guardaré mi integridad pedagógica para épocas mejores. Desgracia será que no tropiece con una casa rica donde los padres paguen bien que eduquen á sus hijos mal. Aquí en el barrio hay una familia acaudalada que busca profesora. Aguardaba tu vuelta para ir á ofrecerme. Posible es que me admitan. Si no ahí, en otros sitios encontraré trabajo. ¡Saldremos adelante, mujer! Todo se vencerá ayudándonos la una á la otra.

EMILIA ¿Ayuda? ¿Cuál puedo yo ofrecer? Tú, sí. Yo... Me educaron como á casi todas las niñas de mi clase. Enseñanzas de relumbrón, que para nada sirven. Un piano que se malteclea; un idioma que se malpronuncia; unos bordados y cosidos que se exhiben vanidosamente á las visitas y se pagan á cinco céntimos la vara y á real la letra cuando se quiere ganar la existencia con ellos. Míseras habilidades son; pero te ayudaré

con ellas, trabajando á escondidas de César, robando horas al sueño, siguiendo con mis ojos el ir y venir de la aguja. ¡Hasta cegar lo seguiría! Poco me importara cegar si al cubrirse mis ojos de sombra, podía ver, con los del alma, el porvenir de mis hijos lleno de resplandores.

AMP. ¡Bendita alma la tuya!

EMILIA Tú, bendita mil veces, que das con tus frases y con tu ejemplo consuelo á mi corazón y á mi voluntad fortaleza.

AMP. Grande y fuerte es necesario que las tengas para otro sacrificio.

EMILIA Aceptado está. No vacilaré al consumarlo. (Entra por el foro César mirando hacia fuera y hablando como si se despidiera de alguno.)

CÉSAR (Desde el fondo.) ¡Adiós! (Saludando con la mano.) ¡No olvide que á la noche le espero para continuar la lectura!

ESCENA VI

CÉSAR, EMILIA, AMPARO

CÉSAR ¡Hola! (A Emilia.) ¿Ya volviste?

EMILIA Hace un rato.

CÉSAR Entretenido con la lectura, no te ví entrar siquiera.

EMILIA ¡La lectura!...

CÉSAR Verdad es que tú no lo sabes. Un drama que secretamente escribí y que me han devuelto. ¡Qué canalla más ruin! (Sentándose en-

el sillón que hay frente á la mesa. Mientras César ha hablado Emilia y Amparo han cruzado algunas palabras en voz baja.)

AMP. En cinco minutos me echo un vestido y me pongo el sombrero; en diez hago la visita á esa gente.

CÉSAR ¿Vas á salir?

AMP. Cerca. Unas lecciones que han venido á ofrecerme...

CÉSAR Tienes mucho trabajo ya...

AMP. Pero tengo tiempo de sobra, y el tiempo, si no lo empleo trabajando, me aburre. (Amparo sale por la derecha.)

ESCENA VII

EMILIA y CÉSAR

CÉSAR ¡Devolverme el drama! ¡Qué iniquidad! (Reparando nerviosamente las cuartillas.)

EMILIA Acaso, no por el mérito de la obra, por otras circunstancias, haya razón que les justifique ó les disculpe.

CÉSAR Ninguna, ninguna. No hay más razón que su creencia de que soy hombre terminado. Durante largo tiempo he permanecido en cama, luchando con la muerte, perdidos discurso y acción. Luego... ¡Todo se abulta! La enfermedad, la lentitud en la convalecencia permiten supuestos que la envidia, el odio, el temor de que vuelva á la lucha, aumentan y ennegrecen. ¿Quién sabe si al-

guno con sus referencias habrá motivado la repulsa de la obra? A veces los más próximos á uno son los que perjudican más.

EMILIA ¿Los más próximos?

CÉSAR Alberto va por el teatro. Aunque fracasado, es autor de la casa. Todavía esperan en él. Puede que sin mala intención, cegado por su afecto, creyéndome más enfermo que estoy haya dicho... lo suficiente para que el empresario encogiendo compasivamente los hombros no haga caso de mí.

EMILIA Alberto es incapaz de hacer nada en perjuicio tuyo.

CÉSAR (Con ironía.) Impensadamente.

EMILIA (Con energía.) Ni así.

CÉSAR Retiro mis palabras. No hace falta que tomes tan á pecho la defensa del mozo. Dispénsame si le ofendí. Serán suspicacias. ¿Qué doliente no es suspicaz? Quién viendo, como yo, que todos poco á poco le olvidan, ¿no concluye por recelar, por sospechar de todos y de todo?

EMILIA De todos, no. Algunos deben quedar, para ti, fuera de sospecha. (Ofendida.)

CÉSAR Algunos... cuando tantos me traicionaron y me huyeron, ¿cómo no temer que los aún devotos me traicionen y me huyan?

EMILIA ¿Qué dices?

CÉSAR Digo que aquí, en lo íntimo de mi conciencia, no puede haber confianza para ninguno.

EMILIA ¿Ni para los tuyos?, ¿ni para los que siempre te fueron leales?

CÉSAR — Lo fueron, lo son; pero ¿y andando el tiempo? Cada día, cada hora, señala en mis afecciones un desengaño ó una ausencia. Y los días son muchos, la curación va lenta, muy lenta, el caído no acaba de ponerse en pie. Ya se teme que nunca lo haga. ¡Es tan difícil esperar cuando se ha perdido la fe! ¿No concluirán por perder todos esa fe? Una vez perdida ¿no será fácil que todos, tú misma, vayan abandonándome?

EMILIA — ¡Yo!...

CÉSAR — Cuando se pierde la fe el altar se abandona. Menos mal si otro altar no lo substituye.

EMILIA — ¿Qué hablas? ¿Eres tú, César, tú, quien asi se atreve á pensar?

CÉSAR — ¡Emilia!

EMILIA — ¡Qué puedo abandonarte, traicionarte, faltar á mis obligaciones cuando la desgracia te hiere, cuando todos te desamparan!... ¿Y eres tú quien así me juzga?

CÉSAR — Temer, no es juzgar.

EMILIA — Es algo peor. Es dudar. ¡Abandonarte; traicionarte! ¡Y ahora! ¡Tantos años viviendo bajo un mismo techo, y aun este hombre no me conoce! Verdad que mereces disculpa. En tantos años, pocas veces buscaste en tu casa, tu hogar; pocas veces, ninguna, buscaste á la compañera en los brazos de la mujer.

CÉSAR — ¿Me inculpas?

EMILIA — No te inculpo, respondo. ¡Abandonarte, traicionarte! Cuando triunfabas, cuando paseabas el triunfo haciendo á otras compañeras

públicas de él, cuando escarnecías mi amor y el de tus hijos, cuando olvidabas este hogar de honradez por un nido... ¡no!: donde hay nido hay familia, por un camarín de de placeres; no te abandoné, no te traicioné, seguí fiel á tu respeto y al que tus hijos me imponían. Acaso lo hice, más por tus hijos que por ti, pero lo hice. ¡Y no abandonándote, y no traicionándote entonces, ¿te iba á abandonar y traicionar hoy?

CÉSAR ¡Basta!

EMILIA En la desgracia, cierran sus puertas las casas de placer y sus brazos las hembras que viven del placer. El hogar, la compañera, no. Las puertas del uno y los brazos de la otra se abren de par en par, para recibir al que todos desampararon. ¿Pudiste formar otro juicio de mí?... No valía la pena de llamarse, de ser un gran hombre para empequeñecerse tanto al juzgar mujeres honradas.

CÉSAR Tampoco merece la pena de venir vendiendo piedades, para trocarlas en insultos.

EMILIA ¿Insultos? ¿Podía dejar tus recelos en pie; tus acusaciones sin protesta?

CÉSAR Si tan piadosa eres, si tanta lástima te inspiro, debiste suprimir las injurias. Fuera mejor á tu piedad, ya que no desvanecer acusaciones y sospechas, al menos, perdonarlas.

EMILIA Y las perdono. Porque ese es mi deber. El deber de rechazarlas y de desvanecerlas, no es mío, es tuyo.

CÉSAR ¿Mío? Acaso á otro mejor que á mí le corresponda ese deber.

(Entra Amparo por la izquierda en traje de calle.)

EMILIA ¿A otro? (Pausa. Sale César por la derecha.)

CÉSAR ¡Amparo!

ESCENA VIII

AMPARO y EMILIA. Al final ALBERTO

AMP. ¿Reñías con él?

EMILIA Sufría injurias de él.

AMP. ¿Cuáles?

EMILIA La mayor y la más injusta. La que supone acusarnos á Alberto y á mí de traición, de complicidad contra su honra.

AMP. ¿Eso cree? ¡Perdónale!

(Entra Alberto por el fondo.)

EMILIA Algo más voy á hacer. Solos. Cuando vuelvas ya no estará él aquí.

ALB. (A Amparo.) ¿De paseo? Hasta luego entonces, Amparo.

AMP. (Con tristeza y cariño.) ¡Adiós, Alberto! (Sale por el fondo.)

ESCENA IX

EMILIA y ALBERTO

ALB. (Sorprendido por el tono y la actitud de Amparo.) ¡Triste adiós el suyo! Parece el de una despedida sin vuelta.

EMILIA ¿Y si lo fuese?

ALB. ¿Cómo?

EMILIA Oigame usted, Alberto. Necesito que me oiga y que, después de oirme, atienda una súplica mía.

ALB. ¿Atenderla? Acatarla. Una súplica de usted, es para mí una orden. Hable. Aguardo sus palabras con profunda ansiedad. (Al ver que Emilia hace ademán de hablar y se detiene.) ¿Por qué se detiene?

EMILIA Esta casa deberá usted gratitud imperecedera.

ALB. ¡Gratitud á mí!...

EMILIA A usted... ¿No es usted quien con una hermosa mentira ha cubierto de bienestares la ruina de este hogar?

ALB. ¿Yo?...

EMILIA ¿Quién sino usted, se alzó entre la miseria y nosotros? ¡Gracias por César, por mis hijos, por Amparo, por mí!

ALB. La aseguro que no comprendo.

EMILIA Es inútil fingir. La verdad llega siempre. Antes si trae la desgracia con ella. El dinero ganado por usted, venía como nuestro á mi casa. Premie Dios su buena obra. No solo remediaba usted nuestra ruina, nos hacía creer que la remediaban nuestros propios recursos. Gracias, Alberto, gracias. Repito que es inútil fingir; están en mis manos las pruebas.

ALB. ¿Pero quién pudo?...

EMILIA Poco importa. Bástele saber que lo sé y bástele, para no insistir en su dádiva,

mi afirmación de que no debemos recibirla.

ALB. ¿Por qué causa?

EMILIA Porque la casa de César Quirós, ningún hombre más que César Quirós la puede sostener.

ALB. Conforme, cuando el hombre fuera un extraño. ¿Soy un extraño para ustedes, para don César? Don César Quirós amparó mi desvalida mocedad, ayudó mis primeros pasos de artista, me sostuvo en la lucha por el renombre y por la gloria. Soy lo que soy por él; si algo tengo, á su protección lo he debido; si algo significo, á sus consejos se lo debo también. Su hijo me considero: no habrá dado existencia á mi carne de hombre, pero se la ha dado á mi carne de artista. ¿Quién puede negar, quién puede censurar á un hijo que acuda en auxilio del padre? Si lo hice ocultamente, fué por el respeto que don César me inspira. Descubierta mi acción, pronto me hallo á proclamarla delante de usted, de don César, del mundo. El mundo al saberla, solo una cosa puede hacer, aplaudirla; ustedes sólo una cosa pueden hacer también, aceptarla.

EMILIA Se engaña usted, por lo que á nosotros respecta. No la podemos aceptar.

ALB. ¿No?

EMILIA No. ¿Sabe usted por qué?

ALB. No, señora.

EMILIA Entre en su conciencia y respóndame á esta pregunta: ¿Fué amor de hijo, sólo amor

de hijo, quien le indujo á su proceder generoso? ¿No hay por encima de ese amor otro amor? Piénselo y conteste con lealtad.

ALB. ¡Emilia!...

EMILIA Sí, lo hay; ese amor contra la voluntad, contra los deseos de usted, es el eje de sus acciones. A su acción nobilísima fué usted impulsado por su amor hacia mí.

ALB ¡Emilia!

EMILIA No niegue usted. Nieguen su amor cuando este no es libre para satisfacerse los débiles, los de índole moral tan mezquina que á la confesión de un amor, creen precisos el disfrute y la culpa. Usted no es de esos. Usted no tiene que negar. Yo tampoco niego el amor mío por usted. Cuando el amor está resuelto al sacrificio, puede confesarse en voz alta.

ALB. ¡Emilia!

EMILIA Al mío ayudaban mi abandono, mi desamparo, el verle á usted cerca de mí siempre, siempre, cuando siempre, siempre, estaba de mí lejos quien debía estar cerca.

ALB. Causa fué del mío, verla á usted despreciada en su juventud y en su bondad, sufriendo sin quejas su abandono; no rebelándose contra él, refugiándose en las caricias de sus hijos como en un altar de pureza. Piedad creía el sentimiento que hacia usted me llevaba. En ocultarlo puse todo mi empeño: sabía que descubrirlo era perderlo... ¿Qué hacer ahora, qué hacer?

EMILIA Lo que nuestra honradez exige; lo que es

necesario para la tranquilidad y el decoro de César. ¡Ocultar nuestro amor! ¡Eso imaginábamos! ¡Cierto! Sin confesárnoslo, casi sin sospecharlo, hemos vivido hasta hoy, y sin embargo, ya la gente habla de él, atribuyendo su generosidad de usted á mi entrega. De él recela mi esposo. Acaso este amor asomó un día á nuestros ojos y los del pobre enfermo sorbieron la mirada para tormento de su vida. No, el amor no se oculta; tampoco se niega, pero se sacrifica. Sacrificarse es también un goce; solo que no está al alcance de todas las conciencias. Las nuestras lo pueden disfrutar.

ALB. ¡Qué grande es usted!

EMILIA Sacrifiquemos nuestro amor. Aléjese para siempre de aquí. Sea esta la vez última que nos hallamos frente á frente.

ALB. Sin mí, ¿qué será de ustedes?

EMILIA No estoy sola. Adiós, Alberto, adiós. (*Tendiéndole la mano. Alberto la coge entre las suyas y la besa inclinado en reverencia con religiosa unción. En el mismo momento aparece César en la puerta izquierda.*)

ESCENA X

EMILIA, ALBERTO, CÉSAR

CÉSAR Verdaderamente, al dudar de ti te injurié.

EMILIA ¡César!

ALB. ¡El!

CÉSAR Te injurié porque es necia injuria poner la duda donde está el crimen y el apercibimiento donde tiene puesto el castigo. ¡Ah, traidor! (A Alberto.) Miserable á quien di mi apoyo, mi pan y cachos de mi fama para que labrara la suya. ¡Bien me pagas haciéndote ladrón de mi honra!... (Avanzando hacia él.)

EMILIA ¡César!

CÉSAR ¡Y tú infame!...

ALB. (Interponiéndose entre Emilia y César.) No, maestro; á ella no. A mí bien; insultarme, escarnecerme, golpear mi rostro con sus manos, matarme. A ella no. Ni usted con ser usted.

CÉSAR A ella y á ti...

AMP. (Que habrá entrado momentos antes por el fondo. Deteniendo á su hermano.) ¡A ninguno! Salga usted, Alberto. (Alberto sale por el fondo.) Sal tú también, hermana.

CÉSAR ¡Hermana!... Llamas tú hermana á esa mujer.

AMP. Cuando se lo llamo será digna de serlo.

FIN DEL ACTO SEGUNDO



ACTO TERCERO

La misma decoración que en los actos anteriores. La lámpara puesta sobre la mesa de despacho, alumbrará la escena. Encima de la mesa habrá un vaso terciado de agua y un frasco pequeño de cristal. Al levantarse el telón aparecen en escena Amparo y Seco del Arbol.

ESCENA PRIMERA

AMPARO y SECO DEL ARBOL

SECO — Está cumplido su deseo. Hablé con Soto por teléfono. El se encargará de buscarle y comunicarnos noticias.

AMP. — Excúseme usted si abusando de sus bondades...

SECO — ¡Excusa! ¿Abuso de bondades? ¿Quiere usted callar? Lo deplorable es su disgusto y su sobresalto por la ausencia de César.

AMP. Me disponía á telefonear desde el sitio más próximo, cuando entró usted por esa puerta. Si usted ó Soto Hernández no me transmitían nuevas tranquilizadoras, hubiera ido á Madrid. Para disipar esta incertidumbre estoy pronta á todo, porque todo puede temerse de la excitación de mi hermano.

SECO Sean cuales sean los propósitos que llevaron á César á Madrid, su primera visita habrá sido para mí ó para Soto. Soto ya está avisado. De mí no hay que hablar. A mí ordéneme usted. ¿Y Emilia?

AMP. En su habitación con los niños. ¿Dónde sino en el amor de sus hijos podía refugiarse? Allí está desde que mi hermano provocó la escena tristísima que antes le refería. Ignora aún la ausencia de César. Solo tiene ojos y oídos para aquellas dos criaturas...

SECO Torpe ofuscación la de César.

AMP. Inútiles fueron mis esfuerzos para sacarle de su error. Vanas mis súplicas. Vanos los remedios que para aquietar sus nervios dispuse. Rechazándolos despreciativamente, tapándose con sus dos manos los oídos para que en ellos no entrasen mis palabras, repetía: ¡Déjame! ¡Necesito estar sólo! ¡Déjame sólo, hermana! Por no exacerbarle accedí á sus deseos. Poco después, cuando vine aquí otra vez, César no estaba en casa.

SECO ¿Y entonces?

AMP. Supuse lo peor; que había ido en busca de Alberto para tomarse un violento desquite. Temiéndolo me encaminé al domicilio de

don Mariano. Antes de llegar á él, supe que vieron á César en un carruaje camino de Madrid. Y nada más sé ya. ¿A qué habrá ido César á Madrid? ¿Cuáles son allí sus propósitos? ¿Qué peligros pueden amenazarle? ¿Qué hacer, qué resolver para que cese esta horrible ansiedad?

CÉSAR (Que ha aparecido unos momentos antes en el fondo y oído las últimas palabras de su hermana avanza al centro de la escena.) Nada, porque yo estoy aquí.

ESCENA II

AMPARO, SECO DEL ARBOL y CÉSAR

AMP. (Dirigiéndose hacia él.) ¡Tú!...

CÉSAR Yo, hermana. (Apoyándose en Amparo y Seco, encamináse hacia el sillón donde se deja caer.)

AMP. ¿Por qué salir sin avisarme? ¿A qué fué tu ausencia?

CÉSAR A tomar las resoluciones precisas para establecer entre Emilia y yo una separación definitiva, un alejamiento absoluto, á buscar á Soto y á ti para que exigiérais á Alberto una reparación. A satisfacer mi ira, mi rencor y mis celos, á poner por obra una venganza.

SECO ¡César!

CÉSAR Buscando el ajeno castigo tropecé con el propio.

AMP. ¿Qué dices?

CÉSAR Que buscando la satisfacción de mis odios hallé la verdad. Cruel fué la visión. No importa. Bien haya el ansia rencorosa que me impulsó fuera de esta casa. Bien haya la verdad; con ser terrible la prefiero á la oscuridad en que mi espíritu vivía. Cualquier luz, hasta la del rayo, es preferible á las tinieblas.

AMP. ¿Qué ha sucedido? ¡Habla! Sepa yo de una vez...

SECO Aunque no más sea por desvanecer la inquietud de Amparo, explícate con claridad; pero antes descansa, tranquilízate.

CÉSAR Tranquilo estoy. Si tiembla mi cuerpo y vacila mi voz, es porque el golpe fué terrible y aun dura el estremecimiento. No temáis en mis arrebatos y exaltaciones, repito que estoy tranquilo, más que nunca necesito estarlo para ver serenamente dentro de mi conciencia. ¡Qué injusto fuí!... ¡Qué insensatez la mía al acusar, al condenar á esos dos nobles seres!... ¡Qué asco me produjo mi acción al mostrarse la verdad enfrente de mis ojos!

AMP. ¿La verdad? ¿Qué verdad?

CÉSAR La que sabíais todos y la que me negábais todos. La ruina de este hogar, vuestros esfuerzos para detenerla y ocultármela, la ayuda generosa de Alberto.¿No oisteis que todo? Todo fué llegando á mi espíritu. Todo fué claro para mí. Hasta la imagen asesina de esta dolencia que poco á poco irá destruyendo mi cuerpo y aniquilando mi razón...

AMP. ¡Hermano!

CÉSAR Velada, disfrazándose con medias palabras compasivas, llegó á mí también esta verdad. La luz de las otras verdades alumbró lo que dejaba la compasión en sombras.

SECO No hay que abultar los daños. Ten serenidad.

CÉSAR Porque la tengo vine. (A Amparo.) Es necesario que hable con Emilia, con Alberto he de hablar también. Y ha de ser en seguida.

AMP. Pero...

CÉSAR Quien fué tan pronto como yo en las ofensas, pronto debe ser en la reparación. Excuse la amistad que nos une, el encargo; vé á casa de Alberto: avístate con él y dile que necesito verle esta misma noche. Cuanto antes; que venga cuanto antes.

SECO Y venga con él la reconciliación, y hasta mañana.

CÉSAR Mañana... Hasta mañana. (Sale por el foro Seco del Arbol.)

ESCENA III

AMPARO y CÉSAR

CÉSAR ¡Amparo, hermana mía; tú, modelo de rectitud, qué severamente habrás juzgado á este hombre!

AMP. No, César, no.

CÉSAR Mucho á perdonar tengo... Sobre todo á Emilia. ¿Dónde está?

AMP. Con los niños. (Hace ademán de levantarse.)

CÉSAR ¡No!... ¡Delante de mis hijos, no!... Quien al perdón aspira necesita reconocer, confesar su culpa. Sería horrible para esas criaturas saber que yo había puesto en duda la honradez de su madre!... Si lo supieran, cuando fuesen hombres me maldecirían; yo quiero, necesito que me amen. Habla tú con Emilia... Suplícala en mi nombre que venga...

AMP. ¿Aquí?

CÉSAR Dile que venga; pero no le digas que se va á encontrar con Alberto. Vé, hermana, vé. (Sale Amparo.)

ESCENA IV

CÉSAR. Después ALBERTO

César se queda contemplándola, luego se levanta del sillón, vacila un momento como si no pudiera tenerse en pie

CÉSAR Cuanta grandeza la de Alberto y Emilia. ¡Crimen sería no igualarla! ¡Parece como si mi voluntad flaqueara!... ¡No, toda ella me es necesaria y toda ella la tendré! ¡Aún voluntad y juicio son míos...! (Apoyándose en los muebles se encamina hacia la mesa y cuando está próximo á ella mira á la panoplia de la que hace intención de coger un arma.. Como si un ruido le hiciese temer la presencia de alguien, vuelve la cabeza hacia la izquierda, y al ir á mirar otra vez á la panoplia, su vista tropieza con el frasco de cristal que habrá sobre la mesa;

fija la mirada en él un momento y al avanzar para cogerlo, la emoción le hace caer sobre la mesa. Entra Alberto por el foro.)

ALB. (Desde el foro.) ¡Señor!...

CÉSAR (Levantándose y queriendo marchar hacia Alberto.) ¡Alberto!... ¡Hijo mío! (Alberto corre á abrazarse con César. Pausa.)

ALB. Seco me dijo que me llamaba usted, que quería, que exigía verme... Sólo por tratarse de una orden suya, pude atreverme yo... Hable usted, disponga de mí.

CÉSAR ¡Hablar!... Sí, hablar para agradecerte con el corazón, de rodillas, el auxilio que ocultamente dabas á la pobreza de este ídolo roto, de esta criatura caída, inútil ya para todo empeño, para toda labor.

ALB. ¡Maestro!

CÉSAR ¿Disponer?... Tú has de ser quien disponga, quien vayas con tu bondad tan lejos como yo con mis ruindades. Pero no hables aún; no es tiempo todavía de hacerlo. (Aparece Emilia en la puerta de la derecha. César la ve.) Sí. (A Emilia, detenida en la puerta.) Tiempo es.

ESCENA V

EMILIA, CÉSAR y ALBERTO

ALB. (Viendo á Emilia y confuso.) ¡Emilia!

EMILIA (Idem.) ¡Alberto!

CÉSAR Tiempo es, porque sois los dos quienes me habéis de perdonar.

ALB. ¡Perdonarle! ¿No acaba usted de llamarme hijo suyo? Las palabras, los juicios de un padre, sean cuales sean, pueden doler al hijo; ofenderle, jamás. Las ofensas necesitan reclamaciones de perdón, para desvanecerse: lo borró el «¡hijo mío!» dicho por usted al abrirme sus brazos.

EMILIA Cuando acaricié nuestras criaturas borró la caricia mi ofensa. Sólo una gran pena sentí; la de que creyeras que podía yo manchar su honra mancillando la tuya, la de que me juzgaras capaz de serlo todo á un tiempo: mala mujer y mala madre.

CÉSAR (A Emilia.) Si no tu perdón, pues anticipado me lo diste, otro perdón quiero implorar de tí: el perdón de mis hijos, siendo tú quien lo solicite, no me lo negarán.

EMILIA ¡Negártelo!... ¡No, César! (Alzando los ojos que se encontrarán con los de Alberto. Emilia baja los suyos. Alberto retrocede con los ojos bajos también.) Junto á ellos te aguardo. (Hace ademán de dirigirse hacia la derecha.)

CÉSAR (Reteniéndola.) No te vayas. Tú, Alberto, no te alejes tampoco. Acercaos los dos. (Indicándoles que se sienten en las sillas que hay á ambos lados de la mesa; él lo hace en el sillón. Todo en tanto continúa el diálogo.) Qué miserable fuí dudando de vosotros. (A Emilia.) ¿Cómo pude olvidar tu virtud á pruebas tan rudas sujetas por mi loco y desenfrenado vivir? (A Alberto.) ¿Cómo tu devoción filial rayana en religioso culto? Cuando entré aquí; cuando os contemplé uno al lado del otro, á tí páli-

da y trémula, á Alberto oprimiendo con sus manos las tuyas, para depositar en ellas la amargura de una lágrima y la dulcedumbre de un beso, no debí pensar que aquella lágrima y aquel temblor, aquel beso y aquella palidez, rubricaban un pacto indigno. Debí suponer, afirmar, que sellaban una acción noble, uno de esos grandes sacrificios en que se inmola la felicidad de dos almas.

EMILIA ¡Oh!... ¡César!

ALB. ¡Maestro!

CÉSAR Eso debí creer porque eso era. Entonces tú, cuyos brazos despreciara yo cuando era fuerte y venturoso, para apoyarme en ellos después, con temblores de enfermo y con rencores de dios caído; y tú, cuyo respeto, cuyo auxilio pagué con desvíos y calumnias, no me ultrajábais, os uníais para entregarme algo más alto que la fortuna, que la gloria: el amor.

EMILIA ¡César!

CÉSAR Si, el amor, porque vosotros os amáis.

ALB. ¡Señor!

CÉSAR Ni sincerarse, ni negar. ¿Sincerarse? Ni tú ni Emilia necesitáis hacerlo. ¿Negar? ¿Por qué negar? ¿Por respetos á mí? ¿Por vergüenza de poner la conciencia en la boca? En la vida hay minutos solemnes. Estos que ahora pasan junto á nosotros lo son. En sus minutos se engrandecen las almas; dijérase que se desarraigan del cuerpo, que ascienden para flotar en espacios de serenidad y grandeza. Cuando las almas llegan á esos

espacios nada ocultan; todo pueden decirlo porque se hallan por encima de todo.

EMILIA ¡Oh, calla, César!

CÉSAR ¡Negar vuestro amor! ¡Avergonzaros de él! ¿A qué si no sois de él culpable? ¿Quién si no yo fué empujándoos á ese amor? ¡Allá va el triunfador, derrochando á manos llenas por el mundo su oro, su gloria, sus caricias! En el hogar queda la compañera viendo agostarse su belleza, entre días sin felicidad y noches sin placer; junto á ella sus hijos en quienes el padre pone con distracción los labios; cerca de esa mujer y esos hijos, llenando el sitio que el otro abandona, las horas que el otro en el mundo divierte, un hombre todo bondad, adhesión y ternura para el grupo abandonado... ¡Ah, necios los artistas que forjamos en nuestra fantasía dramas y vamos siguiendo sus peripecias paso á paso! ¡Qué clara vemos la catástrofe en el poema, y qué ciegos somos para el drama de nuestra existencia real! Solo que en este drama no es á vosotros á quien toca la solución. ¿Sacrificaros vosotros... y por mí? ¿Que soy yo algo que sigue aun en la vida y que ya no pertenece á la vida?

ALB. ¡Señor!

EMILIA ¡No hables de ese modo! Si no tienes piedad de tí, tenla de esta mujer. Tú perteneces á la vida; en ella estás por tus hijos, por mí.

CÉSAR ¡Mi vida! ¿A qué llamas vida? ¿Á mi existencia de hoy, á la más cruel de mañana? No es vivir irse deshaciendo poco á poco,

para regalar á la agonía, un cuerpo de paralítico y un cerebro de idiota.

EMILIA No, eso no es cierto, César.

CÉSAR Lo es. Y tampoco en eso hace falta mentir. ¡Mi vida! Vive quien es útil á la humanidad, quien con su labor puede sostenerse y servir de sostén á los suyos; á la humanidad ¿qué puedo darle yo? El artista concluyó en mí, la belleza sale de mi cerebro deformada, inválida, para recreo ó emoción del espíritu; ya el hombre no puede ganar su hoy, no puede tampoco abrir paso firme en el futuro de sus hijos. Soy un muerto que anda. Los muertos no tienen derecho á sacrificar á los vivos. (Dice las últimas palabras besando la cabeza de Emilia que, ocultando el rostro, la habrá apoyado en la mesa. Pausa. Levanta la vista y sus ojos siguen á Alberto que emocionado se dirige pausadamente hacia el fondo; luego ve el frasco, le coge disimuladamente para no ser visto por los otros, le destapa, le lleva á sus labios y luego le deja caer al suelo.)

EMILIA (Con espanto.) ¡César!

ALB. (Idem, corriendo á auxiliar á César.) ¿Qué ha hecho usted?

EMILIA ¡Socorro! ¡Amparo! ¡Amparo! (Dirigiéndose hacia la puerta de la derecha. César se desploma sobre la silla que ocupara Alberto; Emilia se arrodilla frente á él; Alberto á la izquierda de César. Amparo entra por la derecha.)

ESCENA VI

EMILIA, AMPARO, CÉSAR y ALBERTO

AMP. ¡Emilia! ¡Dios mío! (Poniéndose á la derecha de César.) ¿Qué es esto?

CÉSAR Hacer felices á quienes pueden serlo... ¡Mis hijos! (Emilia y Amparo hacen ademán de irse por la derecha.) ¡No los traigas, no!... ¡Sería cruel que reflejara sobre su infancia el gesto de la muerte!... ¡Emilia! (Tiende las manos hacia Emilia.)

AMP. ¡La muerte!

CÉSAR ¡La muerte, sí!... ¡Toda la muerte!... ¡Siga su camino la vida! (Hace intención de besar á Emilia y al avanzar el cuerpo cae muerto. Telón rápido.)

FIN DEL DRAMA

OBRAS DE JOAQUÍN DICENTA

Teatro:

El suicidio de Werther, drama en cuatro actos y en verso.

La mejor ley, drama en tres actos y en verso.

Los irresponsables, drama en tres actos y en verso.

Honra y vida, leyenda dramática en un acto y en verso.

El Duque de Gandía, drama lírico en tres actos y un epílogo. Música de Ruperto Chapí.

Luciano, drama en tres actos y en prosa.

Juan José, drama en tres actos y en prosa.

El señor Feudal, drama en tres actos y en prosa.

Curro Vargas, drama lírico en tres actos, en colaboración con Manuel Paso. Música de Ruperto Chapí.

El tío Gervasio, monólogo en prosa.

El león de bronce, monólogo en prosa.

La cortijera, drama lírico en tres actos y en verso, en colaboración con Manuel Paso. Música de Ruperto Chapí.

Aurora, drama en tres actos y en prosa.

De tren á tren, comedia en un acto y en prosa.

¡Pa mí que nieva! comedia en dos cuadros y en prosa.

Juan Francisco, drama lírico en tres actos y en prosa. Música de Ruperto Chapí.

Raimundo Lulio, ópera en tres actos y en verso. Música de Ricardo Villa.

Raimundo Lulio, zarzuela en tres actos y en verso. Música de Ricardo Villa.

El vals de las sombras, comedia lírica en un acto y en prosa. Música de Valverde (hijo).

Entre rocas, drama lírico en un acto y en verso. Música de Ruperto Chapí.

Amor de artistas, comedia en cuatro actos y en prosa.

El Místico (traducción de Rusiñol), drama en cuatro actos y en prosa.

Daniel, drama en cuatro actos y en prosa.

Lorenza, comedia en tres actos y en prosa.

La conversion de Mañara, comedia en tres actos y en verso.

El crimen de ayer, drama en tres actos y en prosa.

Los majos de plante, sainete en un acto y en verso, en colaboración con Pedro de Répide.

Los majos de plante, sainete lírico en un acto, en colaboración con Pedro de Répide. Música de Ruperto Chapí.

Los tres maridos burlados, comedia lírica en un acto y en verso, en colaboración con Pedro de Répide. Música de Vicente Lleó.

Marinera, monólogo en prosa.

La confesión, drama en un acto y en prosa.

Raimundo Lulio, leyenda dramática en tres actos y en verso.

Sobrevivirse, drama en tres actos y un prólogo, en prosa.

En preparación:

Luz, comedia en tres actos y en prosa.

Artículos y cuentos:

Spoliarium.—Tinta negra.—De la batalla.—Espumas y plomo.—Crónicas.—De piedra á piedra.—Desde los Rosales.—Trapería.—Por Bretaña.

Poesías:

Del tiempo mozo. (Un volumen).

Novelas:

La gañanía.—Del camino.—El lobo.—Idos y muertos.—El sino.—El idilio de Pedrín.—Paraíso perdido.—Puesta de sol.—Rebeldía.—Los bárbaros.—Infanticida.—El Hampón.—Galerna.

Próximas á publicarse:

Encarnación. (Novela).—*Mares de España.* (Impresiones de viaje).

En preparación:

El caudillo. (Novela).









Precio: TRES pesetas